

EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS

EL ANGEL DE LA NOCHE



NANCY CARROLL
FREDRIC MARCH

El angel de la noche

PRINCIPALES INTERPRETES

Yula NANCY CARROLL
Rudeck Berkem Frederick March
Condesa Martini Katerine Emmet
Biezl Charles Hovard
Teresa Clarence Derwent

Producción
de la invicta
marca



Paseo de
Gracia, 91
Barcelona

DIRECCIÓN DE
EDMUND GOULDING

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA MAS AMENA

LA MAS SELECTA

104 PAGINAS DE TEXTO E ILUSTRACIONES.

PRECIO DE LOS TOMOS: UNA PESETA

PORTADA A TODO COLOR

LA MUJER DISPUTADA
TRAFALGAR
LA MASCARA DE HIERRO
LAS MENTIRAS DE NINA PETROWNA
EL LOCO CANTOR
LOS PECADOS DE LOS PADRES
EL DESFILE DEL AMOR
EL AMOR Y EL DIABLO
RASPUTIN
LA INTRUSA
LA MARSELLERA
¡ME PERTENECE!
LA FIERECILLA DOMADA
EL GENERAL CRACK
EL REY VAGABUNDO
UN HOMBRE DE SUERTE
CASCARRABIAS
NOCHES DE NUEVA YORK
LA VOLUNTAD DEL MUERTO
LA MUJER EN LA LUNA
EL ZEPELIN PERDIDO
LAS LUCES DE LA CIUDAD
SU NOCHE DE RODAS
EL EMBRUJO DE SEVILLA
DON JUAN DIPLOMATICO
LA ÚLTIMA ORDEN
UN CABALLERO DE FRAC
EL COMEDIANTE
LO MEJOR ES REIR
LUCES DE BUENOS AIRES
NAUFRAGOS DEL AMOR
EL SECRETARIO DE MADAME
LA ARLESIANA
ENTRE NOCHE Y DIA
AL ESTE DE BORNEO
M. (EL VAMPIRO DE DUSSELDORF)
LA DAMA ATREVIDA
EL PRINCIPE GONDOLERO
EL TENIENTE SEDUCTOR
FATALIDAD
LOS QUE DANZAN
CARNE DE CABARET
EL DOCTOR FRANKENSTEIN
SVENGALI
PAGADA
CATOLICISMO
KISMET
CIMARRON
DIRIGIBLE
LA DAMA DE UNA NOCHE
EL TENIENTE DEL AMOR

Norma Talmadge
Corine Griffith
D. Fairbanks
Brigitte Helm
Al Jolson
Emil Jannings
Maurice Chevalier
María Corda
W. Gaidaroff
G. Swanson
Laura la Plante
F. Bertini
Mary - Douglas
John Barrymore
J. Mac Donald-D. Kings
Roberto Rey
Ernesto Vilches
Norma Talmadge
Antonio Moreno
Gerda Maurus
Conway Tearle
Charlot
Imperio Argentina
M. F. L. de Guevara
Celia Montalvan
Emil Jannings
Roberto Rey
Ernesto Vilches
Imperio Argentina
Carlos Gardel
Jeannette Mac Donald
W. Forts
José Noguero
E. d'Algy
Charles Bickfor
Peter Lorre
R. Pereda y L. Alcañis
Roberto Rey
Chevalier
M. Dietrich
A. Moreno
R. Pereda - L. Tovar
Boris Karloff
John Barrymore
Joan Crawford
Gustav Fröelich
Loretta Young
Richard Dix
Jack Holt
F. Bertini
Gustav Fröelich

El angel de la noche

Argumento de dicha película

LA CONDESA MARTINI

La condesa Martini, mujer de unos cuarenta años en la época actual, había sido una de las mujeres más hermosas de su tiempo. Hija de unos míseros tenderos, se vió de pronto cortejada por uno de los jóvenes más distinguidos y ricos de la ciudad. Era el hijo de los condes Martini, a quien la belleza de la joven había seducido, hasta el punto de querer hacerla su esposa.

Jamás supo descubrir el enamorado conde que bajo aquel cuerpo delicioso y aquel rostro encantador, se ocultaba un alma perversa, abierta a todo sentimiento plebeyo e innoble, cuyo único amor era la ambición.

No se mostró esquivia ella a los requerimientos amorosos del conde, sino que supo poner en movimiento todas sus artes de coquetería, para aprisionar más fuer-

Editorial "ALAS" Apart. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo pago del importe en sellos de correo. Remite a cinco céntimos por el certificado. Franqueo a la

temente al conde y doblegarlo sumisamente a su voluntad.

Sin embargo, la familia del aristócrata no podía ver con buenos ojos los amores aquellos, y procuró por todos los medios hacerle desistir de su deseo de casarse con la hija de los tenderos. Pero cuando el amor es el que ordena, de nada valen los razonamientos y consejos, y en contra de la voluntad de todos los suyos, el primogénito de los condes Martini se casó con la bella tendera, rompiendo para siempre con sus parientes, que llegaron incluso a desheredarlo.

Mientras vivió el conde, la condesa procuró ocultar en su pecho el odio que sentía hacia todos los parientes de su marido, si bien este odio fué inculcándose a Yula, la niña que había nacido de aquel matrimonio.

Muerto el conde, su esposa quiso vengarse de los desprecios recibidos por parte de la familia del que fué su esposo, y para ello pretendió arrastrar el nombre que llevaba. Encallecido su corazón por las vicisitudes que la agobiaron mientras duró su unión con el conde, y en su deseo de venganza, estableció en la misma capital de Bohemia, en Praga, un cabaret, al que le dió el nombre de «El Duck».

Los años pasaron aprisa, y el cabaret prosperó, llegando a convertirse en un verdadero antro de perdición, donde no solamente se bebía, jugaba y bailaba, sino que también se desvalijaba, por el procedimiento que fuese, a todo parroquiano a quien sospechasen que llevaba repleta la cartera.

Este negocio trajo a la condesa una desahogada situación financiera, pero no por eso cambió su modo de vivir y de pensar. En su ansia de crearse una fortuna, no paró mientes en sacar el mejor partido posible de cuantas circunstancias favorables se le presentaban. Y al mismo tiempo, Yula, la hija del matrimonio, fué creciendo y se convirtió en una preciosa joven, fiel reflejo de lo que fué su madre tiempos atrás. Criada en aquel ambiente, Yula no conocía otra vida que la del cabaret, aunque, a pesar de ello, interiormente, sus sentimientos, heredados de su padre, se oponían a aquella vida, rechazándola con repugnancia.

La condesa Martini no veía con buenos ojos esta repugnancia que Yula mostró en un principio hacia el negocio que llevaba su madre, y para evitar que la joven pudiera sublevarse algún día, supo irle inculcando, con una tenacidad tan solamente comprensible en una mujer del temperamento de la condesa, un odio hacia todas las personas que vivían fuera de su reducido círculo y una rebelión contra las leyes de la sociedad y sus representantes. Estos consejos de la condesa lograron al fin sus propósitos, que eran los de que Yula terminase creyendo de buena fe que nada bueno, ni nada generoso podía esperarse de aquellos a quienes su madre, con punzante ironía, calificaba de gente de orden y gente bien.

Los escándalos en el cabaret «El Duck» se sucedían con un ritmo cada vez mayor, pero las autoridades de Praga habían sido hasta entonces tolerantes con la pro-

—He estado sentado en la mesa con la condesa. Todos se han empeñado en hacerme beber, y he visto cómo la condesa echaba en mi vaso un narcótico.

—Con eso no hemos conseguido nada—murmuró el inspector.

—Todavía hay algo más—volvió a decir el beodo, que era otro policía—. Mientras yo me hacía el borracho, ese gigante de Biezl se apoderó de mi cartera y se la ha entregado a la condesa, que la ha ocultado en el cojín del asiento donde estaba sentada.

—Eso ya es otra cosa—respondió el inspector—. Así, vamos a entrar.

—Pero no estará de más que vengan con nosotros varios hombres—aconsejó el policía. Ese maldito alemán tiene una fuerza capaz para coger a dos hombres y triturarlos.

El inspector hizo una seña a los demás policías para que los acompañasen y entraron seguidamente en el cabaret.

Como si nada extraordinario hubiera ocurrido, la condesa seguía sentada en su lugar, desde donde dominaba toda la sala, cuando se le acercó un camarero, diciéndole:

—Condesa, ahí está la policía.

La condesa miró hacia la puerta, y al ver el número de policías que entraban, exclamó:

—Por poco se traen un regimiento.

Pero no tuvo tiempo de hacer ningún nuevo comen-

tario, porque en aquel instante se acercaron a ella los policas, y el inspector le dijo:

—Es usted la condesa Martini, ¿verdad?

—Sí, señor—respondió ella—. Yo a usted no le conozco—y, fijándose en el otro policía, siguió diciendo—: A usted, sí. Usted es el borracho que hemos echado a la calle hace unos minutos.

—Sí, pero yo estaba tan borracho como usted—exclamó burlescamente el policía.

Yula, que había llegado en aquel instante, miró alternativamente a los dos hombres y a su madre, esperando, como era costumbre en estos casos, una escena violenta entre ellos. La condesa siguió diciéndoles:

—¿Y puedo saber qué es lo que desean de mí?

—Sencillamente, que está usted acusada de robo.

—¿Yo de robo?—preguntó irónicamente la condesa—. ¿Y quién ha sido capaz de acusarme de tal delito?

—Yo mismo—respondió el policía—. Usted me ha robado los billetes que tenía en mi cartera.

—Y es inútil que lo niegue, porque esos billetes estaban señalados—le dijo el inspector.

—Los guardó usted debajo del cojín de su asiento.

La condesa, al verse descubierta, se encogió de hombros y respondió:

—Me parece que los dos están borrachos; de otra forma, no se concibe que me acusen así.

Pero, por lo que pudiera suceder, se sentó en el sillón, y Yula, que estaba al tanto de todo, fingió abra-

zarse a su madre, pero en realidad lo que hacía era introducir su mano en el cojín donde estaba sentada su madre, para quitar de allí los billetes antes de que registrasen. Mas su juego fué descubierto por los policías, y en el momento de ir a guardar los billetes, se los quitaron, diciéndole:

—No es usted mala alumna, joven.

Comprendió la condesa que le era imposible seguir negando, y recurrió a su cinismo, diciéndoles:

—Bueno; ¿y para qué se quieren ustedes molestar deteniéndome, para que luego me pongan en libertad?

—Eso era antes—respondió el inspector—. Con el nuevo fiscal, me parece que no le será tan fácil salir bien del asunto. No es hombre que se venda tan fácilmente.

—¡Bah!—exclamó la condesa—. Todos son iguales, habiendo dinero por delante.

—Bien—terminó diciendo el inspector—. Basta ya de contemplaciones, y vamos. Queda usted detenida.

Yula, al oír que detenían a su madre, se abrazó a ella, desesperada, y la condesa le dijo tranquilamente:

—No te preocupes, Yula. Ya verás qué pronto vuelvo. Mientras tanto, puedes quedarte tú al frente de todo esto.

Y, dirigiéndose a los policías, les dijo:

—Cuando ustedes quieran, señores.

Incluso se cogió del brazo del inspector, y salió del cabaret como quien va a una recepción, en vez de ir a la comisaría.

Yula quedó en el establecimiento, llorando por la ausencia de su madre, y Biezl, el formidable alemán, se acercó a ella y la abrazó cariñosamente, diciéndole:

—Pero ¿por qué te apuras, pequeña?

—Porque tengo el presentimiento de que a mi madre le va a ocurrir algo malo entre esa gentuza.

—¡Bah!—exclamó riendo el alemán—. Ronsebach lo arreglará todo, y tu madre volverá pronto. Ese abogado es capaz de poner en la calle al criminal más empedernido del mundo.

Pero, a pesar de las palabras de consuelo de Biezl, Yula no estaba tranquila, pensando en lo que había dicho el inspector respecto al nuevo fiscal.

EL PROCESO

COMO había dicho el policía, en aquella ocasión, Ronsebach tuvo que luchar con la rigidez del nuevo fiscal. Rudeck Berkem no era hombre que se ganase tan fácilmente. Enamorado plenamente de su carrera, la ejercía con toda la dignidad que requería un cargo de la importancia del suyo, y a las primeras palabras del abogado, le cortó la conversación, diciéndole:

—Yo no le prometo nada, señor. Tan solamente he de decirle que procuraré que se haga justicia, y nada más. Ese cabaret es una vergüenza para todos nosotros. Allí se roba y se embriaga a la gente, valiéndose esa mujer de los procedimientos más viles.

—¡Pero si todas esas cosas que le han contado son calumnias!—exclamó el abogado—. La condesa es una pobre mujer que trabaja para sacar adelante a su pequeña, y nada más.

—Tanto vale la hija como la madre—exclamó Berkem—. No conozco a esa Yula; pero me supongo que de tal madre y con tal ejemplo, nada bueno puede resultar.

—Yo me permito insistir, sin embargo—volvió a decir el abogado—en la conveniencia...

—La conveniencia será la suya—le atajó Berkem—. Para mí, la única conveniencia es la justicia. Mañana, usted, como abogado, puede defenderla en la causa, y yo, como fiscal, la acusaré. Es todo cuanto puedo decirle.

Ronsebach comprendió que nada podría obtener de la rectitud de aquel hombre, y abandonó el domicilio del fiscal, para esperar al día siguiente el momento de la causa.

Era tan conocida la condesa Martini en toda Praga, que la noticia de su detención y la vista de la causa llamó poderosamente la atención del público. Hasta entonces, la condesa no había encontrado, como vulgarmente se dice, la horma de su zapato, pero en aquella ocasión, teniendo como fiscal a Rudeck Berkem, la cosa ya variaba. Toda la gente sensata, la gente de orden, deseaba que la condesa sufriese un castigo ejemplar, y por lo mismo, el día de la vista, la audiencia se hallaba atestada de público.

El abogado hizo su defensa; y el presidente de la sala, cuando aquél hubo terminado, pidió su parecer al fiscal, que comenzó diciendo:

—Señores del Jurado: Un deber de conciencia y un deber profesional me obligan a acusar a la condesa Martini de mujer peligrosa para la sociedad. Su vida, nada ejemplar, es de las que exigen una reparación inmediata a la sociedad que ella se dedica a pervertir,

Como propietaria de ese tugurio, de ese antro del vicio que es el cabaret «El Duck», debe ser condenada por los delitos cometidos en él, todos ellos inducidos por ella misma. Tengan presente la juventud que se pervierte en aquel lugar, embruteciendo sus cerebros con bebidas y con mujeres, y cuando esto no es suficiente para producir en ellos la inconsciencia de sus actos, la misma condesa se cuida de narcotizar a sus víctimas, para que puedan ser despojadas de su dinero. La prueba más reciente es lo sucedido a un policía hace pocas noches. Entre ella y su hija...

—¡A mi hija no tiene usted por qué mezclarla en este asunto!—exclamó la condesa.

Pero el fiscal, dirigiéndose a ella, le respondió:

—Su hija, influenciada por su ejemplo, es lo mismo que usted. Es una joven a quien debemos arrancar de los brazos del vicio en que se halla y cuidar de reformarla. ¿Qué se puede esperar de una joven que ve diariamente a su madre en una vida de depravación? Yo pido, señores del Jurado, que tengan en cuenta todo esto, y que por el delito que aquí estamos juzgando, se condene a la condesa Martini a dos años de presidio y su hija sea recluida en un reformatorio de jóvenes, por el mismo plazo de tiempo. Con lo primero, libraremos a la sociedad del pernicioso contacto de esta mujer, y con lo segundo, tal vez consigamos regenerar una vida que está a punto de perderse.

Una salva de aplausos coronó el brillante discurso del fiscal, y en la conciencia de todos se fijó la idea

de que la condesa sería castigada de acuerdo con la petición fiscal.

Se retiró el Jurado a deliberar, y poco después, volvió a reunirse la sala, y el presidente, en medio del mayor silencio, leyó la sentencia de acuerdo con lo que el fiscal había solicitado.

Por primera vez, la condesa Martini había sido condenada con arreglo a lo que marcaba la ley, y este nuevo triunfo del joven fiscal hizo más popular su nombre, al mismo tiempo que hizo nacer en el corazón de Yula un odio inextinguible hacia el hombre que creía el más perverso de todos los mortales.

Al día siguiente, los diarios publicaban el final del proceso de la condesa Martini y las fotografías de los tres principales protagonistas: la del fiscal, la de Yula y la de su madre. Al mismo tiempo, el articulista, de conformidad con lo solicitado por Berkem, hacía un llamamiento a las autoridades para que recogiesen a Yula y la internasen en un reformatorio de jóvenes.

El triunfo de Berkem había sido tan definitivo como grande era el dolor que en aquellos instantes sentía Yula por la ausencia de su madre.

La joven había vuelto al cabaret y le dijo a Biezl:

—Mi madre ha sido condenada a dos años de prisión, por causa de ese maldito fiscal.

—Dicen que es un hombre a quien no se le puede comprar por ningún dinero—le dijo, a su vez, el alemán.

—Eso dicen; pero Ronsebach me ha prometido que

seguirá trabajando para que la dejen en libertad antes del tiempo.

—Entonces, ten confianza en él. Es un abogado muy ladino. Además, mientras que tu madre esté fuera, tú y yo nos encargaremos del negocio.

Mientras hablaba con la joven, el alemán no quitaba los ojos de ella, procurando ocultar el sentimiento que en él despertó siempre la belleza de Yula. Esta, sin embargo, no se dió cuenta nunca del deseo que inspiraba a aquel hombrerón y se confiaba a él, segura de que Biezl era un verdadero amigo que sabría defenderla.

LA SEÑORA BERKEM

LA señora Berkem, madre del fiscal, era una de esas damas de nobles sentimientos, incapaz de presenciar o conocer la menor desgracia ajena sin que inmediatamente sintiera una tierna piedad hacia ella. El triunfo obtenido por su hijo la había enorgullecido como madre, pero, interiormente, como mujer piadosa, sentía lástima de la orfandad en que quedaría aquella pobre muchacha.

Al día siguiente de celebrada la causa, se hallaba en su domicilio, acompañada de su hijo y de Teresa, una joven de la buena sociedad a quien quería como verdadera hija, ya que no tardaría mucho sin que pudiera darle este nombre. Era la novia de Rudek, y los dos jóvenes se habían prometido en matrimonio, aunque el amor que los unía no era precisamente el que hace despertar las grandes pasiones. Se habían criado juntos. Teresa había ido saboreando uno por uno todos los triunfos de Rudek, y no opuso la menor resistencia cuando la señora Berkem le propuso el casamiento con su hijo. Rudek, por su parte, había visto con agrado el pensamiento de su madre, y de esta forma, sin que ninguno de los dos se lo propusiera, se hi-

cieron novios, tergiversando el sentimiento fraternal en otro sentimiento que sus corazones no habían sentido nunca. Se querían de verdad, pero se querían con un cariño de hermanos, con una amistad sincera, sin que en nada interviniese el amor. Mas ellos no se habían detenido nunca en analizar el afecto que los unía, y creían que en aquella unión encontrarían la felicidad.

La señora Berkem, compadecida por la desgracia de Yula, emprendió inmediatamente las gestiones para hacer su situación lo más llevadera posible, y cuando lo hubo conseguido escribió una carta a la joven para que fuese a verla.

Aquella misma noche, Yula se presentó en casa de la señora Berkem, mientras que Teresa y Rudek jugaban en una mesa a una especie de tennis. Una de las pelotas saltó de la mesa y se escurrió por el pasillo, en el momento en que Yula acababa de entrar. Al encontrarse las dos jóvenes, quedaron un momento indecisas, sin saber qué decirse, hasta que Teresa rompió el silencio, diciéndole:

—Es usted Yula, ¿verdad?

—Sí, señora—respondió la joven—. ¿Me conocía usted?

—No, pero he visto su fotografía en los periódicos y la he reconocido.

—La señora Berkem—continuó diciéndole Yula—me ha llamado. ¿Sabe usted si está en casa?

—La espera a usted—contestó Teresa—. Espere un momento y la recibirá.

Llamó a un criado y le dijo:

—Dígale a la señora que está aquí la visita que espera.

El criado desapareció, al mismo tiempo que Teresa, y Yula quedó unos segundos a solas, hasta que nuevamente vino el criado, diciéndole:

—Haga el favor de seguirme. La señora la espera.

Instantes después, se encontraba frente a la madre del hombre a quien tanto odiaba, y ésta le dijo:

—¿Ya sabe usted que la van a encerrar en un reformatorio?

—¿Por qué?—preguntó Yula—. ¿Qué he hecho yo?

—Nada, pero para evitar que siga usted viviendo sola en... su casa, las autoridades han decidido eso.

—Pero la Ley no puede autorizarles a eso. Yo no he hecho nada malo y no pueden detenerme.

—No es una detención—siguió diciéndole la señora Berkem—. Es, simplemente, para evitar que durante estos dos años, esté usted sola en el mundo.

En aquel momento, entró Rudek, y su madre le dijo:

—Le he dicho a Yula lo del reformatorio. Yo no creo que allí esté bien. Además, ya sabes que en muchas ocasiones, las jóvenes que ingresan en ellos salen peor que han entrado.

—Llevas razón, mamá—respondió el fiscal, sin poder apartar sus ojos del bello rostro de la muchacha—, pero comprenderás también que no se puede dejar a esta joven sola.

—¿Y de quién es la culpa sino de usted?—exclamó Yula—. ¿Qué le habíamos hecho, ni yo ni mi madre, para que nos dijese usted tantas cosas el día de la vista de la causa?

—Usted no puede comprender eso—le dijo Rudek—, pero le juro que yo no hice más que cumplir lo que la Ley dispone

—¿Y también dispone la Ley que se ensañe con una pobre muchacha como yo?—preguntó, irónicamente, Yula.

—No es eso para lo que la he llamado—le dijo la madre de Rudek—, sino para proponerle la forma de librarse de ir a un reformatorio.

Yula se la quedó mirando interrogativamente, y la señora Berkem volvió a decirle:

—Gracias a mis influencias, he logrado que la admitan a usted en un hospital de enfermeras. Allí verá usted buenos ejemplos y no tendrá que sufrir el rigorismo de un reformatorio.

Yula se levantó de su asiento y exclamó:

—Muchas gracias por ese interés; pero, la verdad, no me seduce cuidar enfermos. Si solamente me ha llamado para eso, creo que ya no me queda nada que hacer aquí.

Y, sin despedirse, se dirigió hacia la puerta, seguida de Rudek, que le dijo:

—Debe usted aceptar el ofrecimiento que le hace mi madre. Es la mejor forma de evitar el que vaya usted a un reformatorio,

—Yo de ustedes no acepto nada—exclamó la joven. —Ya sé hasta dónde puede llegar su crueldad, y nada de lo que me pase me extrañará.

—¿Se niega usted, entonces, a ir al hospital?—preguntó Rudek.

—¡Creo que lo he dicho bien claro! No iré ni al reformatorio ni al hospital.

—Hace usted mal—siguió diciéndole Rudek—, y debía usted ser más dócil ante la perspectiva de ser encerrada.

—Ya le he dicho que no me importa—terminó diciéndole Yula, saliendo, sin aceptar la mano que le tendía Rudek.

El joven fiscal quedó en la puerta viéndola alejarse, sin poder explicar el extraordinario interés que en él había despertado la presencia de aquella muchacha. La belleza angelical de Yula había fascinado y hasta el pensamiento que de ella tenía hasta entonces cambió rápidamente, en la seguridad de que aquella muchacha no podía ser una mujer cualquiera. Casi adquirió la seguridad, con aquella breve entrevista, de que Yula, bien llevada por el camino de la vida, lograría ser una mujer capaz de hacer feliz a cualquier hombre que consiguiera su amor.

Después de un rato de reflexión sobre todo esto, Rudek cerró pausadamente la puerta y volvió hacia el salón donde había dejado a su madre.

Antes de llegar a él, encontró a la señora Berkem y a Teresa, que se dirigían a sus habitaciones. Su madre,

al verlo tan ensimismado, le dijo, sonriéndole cariñosamente:

—Vete a descansar, Rudek, que buena falta te hace después de las emociones de estos días.

—En seguida lo haré, mamá—respondió el joven besándola.

—Buenas noches, Rudek—le dijo, a su vez, Teresa.

—Buenas noches, Teresa—respondió Rudek.

La joven se acercó a él y le ofreció un beso, que Rudek aceptó sin gran apasionamiento.

CUANDO MANDA EL AMOR

A pesar de la recomendación de su madre, Rudek no se fué a dormir. No podía apartar de su mente la entrevista que acababa de tener con Yula, ni podía tampoco olvidar aquel rostro angelical, que lo miraba con tanto odio. Pensó que la joven tenía derecho a sentir por él aquel sentimiento, y para mitigar en algo su proceder, decidió auxiliar a Yula en todo lo que estuviera de su parte. Para ello, llamó a la jefatura de policía y le dijo al jefe:

—¿Es esta noche cuando van a ir a recoger a Yula, la hija de la condesa Martini?

—Sí—respondió el jefe de policía—. Precisamente, acabo de extender la orden para que la detengan y la ingresen en el reformatorio.

—Bueno—siguió diciéndole Rudek—, puede usted enviar los hombres, pero adviértales que se pongan a mis órdenes. Yo voy a ir a ver a esa joven para tratar de convencerla que acepte el entrar en un hospital.

—Está bien, señor fiscal—respondió el jefe de policía—. Daré las órdenes oportunas a los agentes para que no dificulten su gestión.

Colgó el teléfono, y salió a la calle, después de po-

nerse un abrigo. En la puerta, detuvo un taxi y le ordenó al conductor:

—¿Sabe el cabaret «El Duck»?

—¿Quién no lo conoce en Praga?—respondió, sonriendo maliciosamente, el chofer.

—Pues condúzcame a él.

Mientras que Rudek se dirigía hacia el caaret, Yula hablaba con Biezl, a quien le decía:

—He estado en casa de Rudek.

—¿Y qué ha pasado?—preguntó el alemán.

—Sencillamente, que he flechado al fiscal—respondió, riendo burlonamente, ella—. Mientras ha hablado conmigo, no ha dejado de mirarme.

Biezl sintió que el dardo de los celos le aguijoneaba y exclamó:

—¿Ha pretendido algo de ti?

—Quiere que ingrese en un hospital.

—Que ingrese él—exclamó Biezl—, si es que tan caritativo es.

—Es que de no ingresar en el hospital, me recluirán en un reformatorio.

—¿Y qué has hecho tú para ello?—preguntó, extrañado, Biezl.

—Eso mismo pregunté yo, y me contestaron que lo hacían para librarme del contacto de vosotros.

—No te apures—le dijo Biezl, estrechándola en sus brazos—. Yo te libraré de todos. Yo seré tu tutor y todo cuanto sea preciso ser.

—Déjame—exclamó la muchacha, viendo que el ale-

mán no la soltaba—. Me cansan ya tantos abrazos tuyos.

—Siempre será mejor que los recibas de mí, que no de ese maldito fiscal que tiene a tu madre encerrada.

Mas en aquel momento llegó Rudek, y un camarero carrió a avisar a Yula, diciéndole:

—Rudek acaba de entrar y pregunta por ti.

—Decirle que estoy arriba. No quiero hablar con él aquí, delante de todos.

Biezl se la quedó mirando, pero procuró ocultar el pensamiento que en aquel instante le atormentaba.

Rudek entró en el cabaret y fué recorriendo todas las mesas, sin encontrar a Yula, hasta que por fin se acercó al mostrador donde estaba Biezl y le dijo:

—¿Dónde está la señorita Yula?

—¿Para qué la quiere usted?—respondió el alemán.

—Tengo que hablar con ella—respondió el fiscal.

—¿Qué es lo que tiene usted que hablar con ella?—siguió preguntando Biezl.

El fiscal se le quedó mirando fijamente, hasta que al fin exclamó:

—¿Y usted quién es para preguntar tanto?

—Yo soy a quien la madre de Yula ha confiado su custodia.

—Pues entonces le diré que quiero hablar con ella para convencerla de algo que le interesa. En la puerta está la policía para llevársela al reformatorio, si ella no consiente en venir conmigo al hospital. Es preciso que elija ahora mismo.

Biezl se rascó la cabeza, pensando la contestación antes de darla, y al fin exclamó:

—Espere usted fuera. Creo que yo podré convencer a Yula.

Subió adonde estaba la joven y le dijo:

—Yula, es preciso que vayas con el fiscal.

—No iré—exclamó la muchacha.

—¿No comprendes que no te queda otro recurso? La policía está esperando que decidas entre ir al hospital como enfermera, o llevarte como reclusa al reformatorio. Yo creo que, entre las dos cosas, debes elegir la primera.

Yula también lo comprendió así, porque ya no opuso resistencia y salió a la calle, donde la esperaba Rudek, quien, al verla, le dijo:

—Veo que ha sido usted razonable y que ha comprendido el interés que me inspira.

Pero la muchacha no se dignó responderle, y subió al auto que había de conducirla al hospital.

Por el camino, sin que ella misma pudiera evitarlo, de cuando en cuando, miraba a su acompañante, y pensaba que, si no le odiase de la forma que le odiaba, reconocería que Rudek era un hombre capaz de enamorar a cualquier mujer. Quizá ella misma, si no se hubiese portado con la crueldad que se portó con su madre, no le hubiese sido nada difícil llegar a quererlo. Sonrió interiormente al darse cuenta de lo descaballado de su pensamiento, y él le preguntó:

—¿Parece que ya no está usted tan enfadada conmigo?

—Con usted lo estaré siempre—contestó Yula, poniéndose de nuevo seria.

—¿Es que no quiere usted que seamos amigos?—preguntó cariñosamente Rudek.

—Yo no puedo ser amiga suya—le dijo Yula—. Soy demasiado mala para eso.

—Es que yo no lo creo así—respondió el fiscal.

—Pues ha cambiado usted muy pronto de parecer—le respondió, burlonamente, ella—. Hace muy pocos días, me presentaba usted a los ojos de los demás como una mujer perversa e indeseable... ¿A qué se debe ese cambio repentino?

—No podría explicárselo—respondió Rudek—, pero lo cierto es que desde que la vi esta noche en mi casa, comprendí que me había equivocado al juzgarla. Yo estoy seguro de que usted no puede ser mala.

—¿Y a qué es debida esa seguridad de ahora?

—A que es imposible ser mala con un rostro de ángel como el de usted. Yo estoy convencido de que usted, fuera de aquel ambiente del cabaret, guiados sus pasos por un sendero de honradez y de dignidad, sería una joven adorable.

—¿Eso quiere decir que ahora no lo soy?

—Ahora lo es usted, por usted misma—exclamó con vehemencia el fiscal—. Usted, y de esto sí que estoy seguro, no es lo que aparenta. Quiere usted dar a entender que es mala, sin serlo. Sobre la inexperiencia de

sus pocos años, han ejercido una perniciosa influencia los consejos de su madre y la vida que ella ha llevado.

—Obligada por ustedes, por los que se llaman hombres de justicia—respondió Yula.

—No lo crea—protestó Rudek—. Tal vez si usted conociese mejor la vida, si hubiese visto el mundo bajo un aspecto diferente al que diariamente se le ha ofrecido, estoy seguro de que rechazaría la vida del cabaret.

Interiormente, Yula pensaba lo mismo que Rudek, pero no quería dejarse convencer. Todavía predominaban en ella los consejos maternos y todavía veía en el fiscal a un hombre a quien debía odiar, a un ser tan distinto de los que hasta entonces había tratado, que le parecía incluso que pertenecía a otro mundo diferente.

Pero las frases cariñosas de Rudek, la nobleza que las inspiraba, no podían pasar inadvertidas para Yula, que en ciertos instantes sintió por aquel hombre una extraordinaria simpatía.

Por fin, llegaron al hospital en que había de quedar Yula, y Rudek llamó a la puerta. Poco después, apareció una hermana de la Caridad, y Rudek le dijo:

—Soy Rudek Berkem.

—Su mamá nos había avisado ya de su visita, pero si decirnos cuándo—respondió la hermanita.

—Esta es la joven de la que mi madre les ha hablado—siguió diciéndole Rudek— y que yo mismo he querido traer.



El cabaret "El Duck" era un verdadero antro del vicio.



No conocía otra vida que la del cabaret.



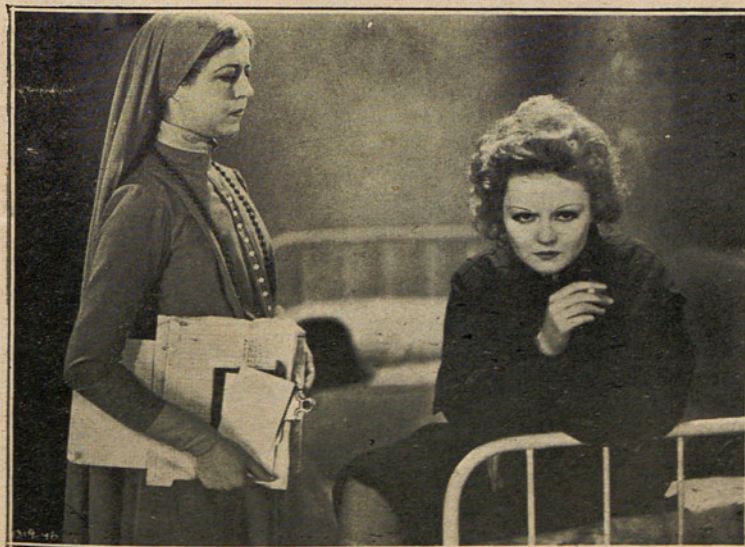
Se abrazó a su madre desesperada.



- Ronsebach lo arreglará todo.



- Deberá ser internada en un reformatorio.



Ante la perspectiva de ser encerrada en un reformatorio.



Berkem la tomó en sus brazos.



La música exaltaba sus pasiones.

EL ÁNGEL DE LA NOCHE

37

—Está bien—respondió la hermana—. Puede pasar, señorita.

Yula entró en el hospital, sin despedirse siquiera de Rudek, y éste, cuando aquélla se hubo alejado, le dijo a la hermana:

—Le recomiendo mucho a esta joven. Haga usted por ella cuanto sea preciso, para atraerla al buen camino.

—Descuide usted, señor fiscal—le respondió la religiosa—. Yo le prometo que haré cuanto pueda. Estoy segura de que aquí, con nuestro ejemplo, cambiará de manera de ser.

—Ella es buena; pero la compañía de su madre y el ambiente en que ha vivido la han pervertido, y creo que no será nada difícil una completa y rápida regeneración.

—La haré vigilar constantemente; puede usted estar tranquilo.

—No obstante—siguió diciéndole Rudek, en el momento de despedirse—, yo vendré a menudo a verla.

—Usted puede venir cuando guste—le dijo la religiosa—. Ya sabe que aquí queremos mucho a su señora madre.

Rudek besó la mano de la religiosa y se dirigió hacia su casa, satisfecho de la misión que acababa de cumplir.

Interiormente, experimentaba cierta alegría al pen-

sar que todos los días podría ver a Yula. No sabía cómo explicarse aquel sentimiento de afecto que había nacido en él hacia la joven, pero lo cierto era que a su lado se sentía feliz, y ya que para serlo tan poco le costaba, no quería perder la ocasión ni un solo día de ver a Yula.

EN EL HOSPITAL

PARA una mujer como Yula, acostumbrada a vivir en plena libertad, sin que nadie le diga nunca nada, sin la menor obligación, sin el menor freno a sus deseos, ni a sus caprichos, la vida del hospital tenía que ser necesariamente insufrible.

La misma noche de su llegada, conoció ya la rigidez de aquel establecimiento. Al quedar sola en la habitación que le habían destinado, encendió un cigarrillo, y estaba tranquilamente fumandoselo, sentada sobre la cama, cuando apareció la religiosa, que acababa de despedir a Rudek, y al verla fumando, le dijo:

—Deje usted ese cigarrillo. Aquí no se puede fumar.

Yula lo apagó contra la baranda de los pies de la cama, ensuciándola de ceniza, y la monja se apresuró a limpiarla, a la vez que le decía:

—Mañana traerán sus ropas, porque aquí no puede usted ir vestida de esa forma.

—¿Cómo voy yo vestida?—preguntó, extrañada, Yula.

—Demasiado provocativa. Ese vestido es muy corto, casi se le ven a usted las piernas. Además, el descote no

es decente. Ya sé que estas cosas en el mundo no tienen importancia, pero sí la tienen en un establecimiento como éste, donde hay que dar siempre un alto ejemplo de moralidad.

—Pues sí que voy a estar lucida—exclamó Yula—. No sé qué hubiera sido preferible, si venir aquí, o ir a un reformatorio.

—En un reformatorio, le habrían exigido mucho más, y, además, se habría encontrado entre gente que no la querrían. Aquí puede estar segura de que todas la apreciaremos, con un poco que ponga usted de su parte para conseguirlo.

—No me interesa mucho—respondió Yula—. Tengo ya quien me quiere.

—¿Tal vez el señor fiscal? ¡Es un hombre admirable, un verdadero caballero!

—¡Un inhumano, querrá usted decir!—exclamó Yula—. Lo que ha hecho con mi madre y conmigo no tiene calificativo.

—Sin embargo, él se interesa mucho por usted.

—Querrá ver cómo termina su obra—acabó diciendo Yula.

—Bueno, hija mía—le dijo, al despedirse, la religiosa—; que pase buena noche, y hasta mañana, si Dios quiere.

Apenas había cerrado la monja la puerta, cuando Yula volvió a recoger la colilla del cigarro que había apagado, la encendió y otra vez empezó a fumar, mientras pensaba en la situación en que se encontraba por

culpa de Rudek, a quien hacía responsable de cuanto le sucedía, sin duda para contrarrestar la simpatía que sintiendo nacer en su pecho hacia él.

Pasaron varios días y para Yula la vida en el hospital se le hacía cada vez más penosa, vada vez más insoportable. Aquella sugestión, aquel cambio tan absoluto de todas sus costumbres, venía a ser para Yula una vida completamente nueva, sin aliciente alguno, llena de monotonía y de pesadumbre.

Al mismo tiempo, Rudek iba sintiendo cada vez más fuerte el sentimiento que le había inspirado la joven y cada vez se sentía más atraído por ella. El lugar que Teresa ocupaba en su corazón, a pesar de ser muy pequeño, iba llenándolo por entero Yula. En las conversaciones con su madre y su tío, un buen sacerdote, sacaba siempre a relucir a Yula y daba cuenta de los progresos que iba haciendo en sus costumbres.

Su tío lo miraba desconfiadamente, pero no se atrevió nunca a expresarle su pensamiento, ante el temor de sufrir una equivocación.

Todos los días Rudek iba a preguntar por Yula e insistía en verla, aun cuando la joven se negó siempre a recibirlo. Se confesaba a sí misma que le tenía miedo, tenía miedo de enfrentarse con él y no poder ser todo lo fuerte que quería. Se acusaba a sí misma de ser desleal para con su madre, sintiendo simpatía hacia el hombre que la había encerrado dos años en presidio.

Pero una mañana, al llegar Rudek al hospital y al

atravesar el jardín, vió a Yula que estaba vistiendo a un niño, de los que había en el benéfico establecimiento. Durante un rato se quedó contemplando el grupo que formaban la criaturita y ella; y el cariño con que la joven trataba al pequeño, fué para Rudek un dato más para afianzar en él la seguridad de que aquella mujer poseía un alma sensible a cualquier bello sentimiento.

Cuando sació su vista del bello conjunto, se acercó a la joven y le dijo suplicante:

—Yula, ¿por qué se niega usted a recibirme?

Ella levantó la cabeza y al ver quién era exclamó sobresaltada:

—¿Usted?... ¿A qué ha venido?

—He venido a verla—respondió él—. Lo mismo que vine ayer y vine todos los días. Ya sabe usted que ni un solo día he dejado de venir.

—¿Para contemplar su obra?—preguntó ella irónicamente—. No le creí a usted tan cruel.

—¿Acaso el interesarse por usted es una crueldad?

—En su caso, sí—respondió ella—. Usted no viene por verme a mí, viene para deleitarse con el daño que me ha hecho.

Tomó el niño en sus brazos y fué a llevarlo al interior del hospital. En la misma puerta se encontró con una hermana y le entregó la criatura. Dudó un instante si volver, o no donde había quedado Rudek y una fuerza superior a su voluntad la llevó nuevamente a su lado, para decirle,

—Ya me tiene usted aquí. ¿Qué es lo que quiere de mí?

Rudek quedó en silencio, sin saber qué contestar. Le cogía tan desprevenido aquella pregunta de la joven, que solamente supo responder:

—Lo único que quiero es verla. Estar junto a usted. Quiero que no sea usted tan esquiva conmigo y que me considere como un buen amigo.

—Eso no puede ser—respondió Yula, aunque algo más tratable que al principio—. Usted sabe que entre usted y yo no puede existir esa amistad de que me habla.

—¿Por qué?—preguntó él.

—Porque mi amistad le podría acarrear más de un disgusto—le dijo ella, sin poderse contener—. Yo se que usted ama a otra mujer, se que ella le corresponde y, ¿cree usted que vería con buenos ojos su prometida esta amistad entre nosotros?

Ella misma había llevado la conversación al punto que le interesaba a Rudek, quien acercándose a ella le dijo amorosamente:

—Abandone ese pensamiento Yula. Yo no amo a nadie, ni he amado nunca.

—¿Y Teresa?—preguntó sorprendida ella.

—Teresa ha sido siempre para mí como una hermana. Mi madre quiso que fuéramos novios y lo somos sin que ninguno de los dos hayamos puesto en ello la menor parte de nuestra voluntad. Yo sólo se decirle que desde que la vi a usted he sentido que cambiaban

todos mis pensamientos. Otro hombre quizá hubiera seguido creyendo de usted lo que no es, yo sin embargo, desde el primer momento me convencí de que usted es una mujer capaz de hacer la felicidad del hombre que consiga su amor... ¿Por qué no me da una esperanza? Dígame una palabra que mitigue un poco mi intranquilidad.

Yula bajó la cabeza, para no dejar ver el rubor que teñía sus mejillas. Por primera vez en su vida sabía ella también lo que era el amor. Parecía mentira que el único hombre a quien debería odiar, fuera precisamente quien había despertado en su corazón aquel dulce sentimiento. Mas quiso hacerse fuerte y respondió:

—Yo, no le amo, Rudek.

Pero sus ojos desmentían lo que sus labios acababan de decir. El temblor que agitaba todo su cuerpo era una muestra evidente de que no era cierta aquella negativa de un amor más fuerte que ella misma y que su mismo odio.

Rudek lo comprendió así y estrechándola en sus brazos, le preguntó:

—¿Es verdad eso que acaba de decirme? Repítalo otra vez para que lo crea.

Mas Yula al sentirse en los brazos del hombre amado, no tuvo fuerzas para seguir negando y exclamó:

—Por favor, Rudek, se lo ruego váyase. Déjeme en paz. No me haga sufrir más. Ya le he dicho todo lo que podía decirle.

—¿Entonces, no se atreve a decirme otra vez que no me ama?

Ella movió la cabeza en sentido negativo y Rudek, sin poder contener su alegría hizo más fuerte el abrazo en que la tenía sujeta, al mismo tiempo que la decía:

—Esta bien, Yula. Ya se lo que me importaba saber. Ya se que usted me ama. Ahora me voy pero volveré todos los días, para que hablemos, para que estemos juntos y podamos gozar de nuestro amor.

Se despidió de ella y Yula quedó con el corazón en suspenso después de aquella entrevista. Durante un buen rato no se atrevió a entrar en el hospital, por miedo a que descubrieran su secreto, si bien íntimamente sentía la dicha inefable de verse amada por el único hombre que había conseguido despertar en ella el amor.

Pero interiormente comprendía la imposibilidad de aquel amor, comprendía que el joven fiscal no podía unir su vida a la de ella, porque eso sería lo mismo que enterrar para siempre su porvenir. Toda la brillantez de su carrera, todos sus triunfos quedarían eclipsados al casarse con ella. La sociedad no podría nunca llegar a comprenderla y lo único que haría sería volverle la espalda como se la volvió a su madre y despreciar a Rudek, como despreció a su padre.

Era un ejemplo vivido por ella misma el que se le ofrecía a la vista y, llevada del amor que sentía hacia Rudek, decidió renunciar a él, sacrificarse por la felicidad del ser amado.

LA HUIDA

El abogado de la condesa Martini seguía trabajando para conseguir la libertad de su clienta. No cesaba en sus visitas al juez y al comisario, seguro de que con el oro todas las puertas se abren, menos las de Rudek, que significaban una excepción de la regla.

Este, sin embargo, apenas si se acordaba ya de la condesa Martini. Todo su interés estaba concentrado en Yula y parecía que su vida no tenía otro objeto que la de amar a aquella mujer.

Nadie en su casa, excepto su tío, sospechaba de estos amores. La frialdad con que trataba a Teresa, tampoco fué comprendida por ésta, ya que su amor por él era tan débil que no exigía una gran correspondencia. Hacia su vida habitual, se veían en su casa, durante las veladas y en aquellos momentos era cuando más sentía Rudek la necesidad de Yula.

Una de las noches, se disponía Rudek a salir cuando su tío, aprovechando la ocasión de que estaban solos con su secretario, le entregó un periódico en el que Rudek leyó la siguiente noticia.

«Esta tarde, se ha marchado del hospital donde estaba prestando sus servicios como enfermera la hija

de la célebre condesa Martini, la que según se dice va a ser puesta en libertad provisional.»

Rudek cuando terminó la lectura del suelto, se encará con su secretario diciéndole:

—¿Cómo no me ha dicho nada de esto?

—Creí que no sería asunto de interés—respondió el secretario—. Además, como le veía tan ocupado...

—Debió usted decírmelo inmediatamente—exclamó Rudek—. Cuando se tiene un secretario es para que le dé a uno cuenta de todos los asuntos de interés.

—Pero, ¿tanta importancia tiene eso?

—Para mí, sí—exclamó Rudek, sin poderse contener.

—Lo sabía—respondió bondadosamente el sacerdote.

Rudek se le quedó mirando fijamente y le preguntó:

—¿Qué es lo que sabía?

—El interés que despertaría en ti esa noticia.

—Mire, tío—exclamó Rudek desesperado—. Ya sabe que siempre me gusta hablar claro y que aborrezco las reminiscencias. Dígame qué es lo que ha pensado y no me hable con doble sentido.

El secretario comprendió que estorbaba en aquel momento y discretamente salió de la habitación, dejando al tío y al sobrino solos.

—¿Quieres que te hable claramente?—le preguntó el sacerdote.

—Ya sabe que siempre lo he preferido—respondió secamente el joven fiscal.

—Pues voy a hacerlo—continuó diciéndole su tío—.

Hasta ahora nada he tenido que reprocharte en tu vida.

—¿Y ahora sí?—le atajó sonriendo burlonamente Rudek.

—Ahora, sí, porque veo que llevas mal camino. Tu vida ha sido siempre un modelo de rectitud y trabajo. Te has comportado hasta el presente como un hombre sensato, consciente de tu responsabilidad. Esto te ha dado cuanto podías ambicionar, triunfos, un porvenir brillante, el aprecio de todos...

—¿Y cree usted que ya no es lo mismo?—preguntó Rudek.

—Creo que estás a punto de perder todo lo que has conquistado con tanto trabajo.

—¿Y puedo saber a qué se debe esa suposición?

—Sencillamente, a esa mujer.

—¿A qué mujer?

—A Yula, la hija de la condesa Martini. Se que todos los días vas a verla al hospital.

—Me intereso por una pobre muchacha que no tiene a nadie en el mundo.

—Pero tu interés no es el interés de una persona que se compadece por otra. Tu interés es bien distinto. Amas a esa mujer y por ella serías capaz de cualquier tontería. Créemos Rudek, ya sabes que siempre te he querido, mi consejo es que la dejes vivir su vida, tan distinta de la tuya. Ni tú has nacido para ella, ni ella es digna de ti.

Al oír aquella acusación contra la mujer que amaba, Rudek no pudo contenerse y exclamó:

—Habla usted demasiado a la ligera de una persona a quien no conoce.

—Muy tonto se debe ser para no conocerla, por las apariencias.

—Es que a veces las apariencias engañan—exclamó Rudek—. Usted, como todos los demás, como yo mismo, hasta que llegué a conocer el tesoro que se oculta en su corazón, despreciamos a Yula, a Yula que es digna como la mujer más buena del mundo al amor de un hombre honrado. Dice usted bien la amo, la amo como jamás podría haberlo pensado y para arrancar de mí este amor sería necesario también arrancarme la vida.

—¡Rudek!—le amonestó severamente el sacerdote, al verlo expresarse de una forma tan vehemente.

El joven se dió cuenta de que había ido más lejos de lo que era prudente y exclamó:

—Perdone mi exaltación. Ha sido un impulso que no he podido reprimir. Los hombres que vivimos en el mundo, no tenemos, como los que se dedican a Dios, esa fuerza de voluntad tan extraordinaria, para contener nuestros arrebatos.

El sacerdote se lo quedó mirando cariñosamente, sintiendo en su alma todo el dolor que le inspiraba la pasión de su sobrino, y respondió:

—Ya comprendo que es inútil que sigamos hablando de esto. Conozco tu tesón y tu terquedad y se que de nada servirían mis palabras, ni mis consejos para

hacerte desistir de lo que te propones, pero tal vez algún día te acuerdes de lo que acabo de decirte.

Salió de la estancia y Rudek, en cuanto quedó solo salió a la calle y se dirigió al hospital para enterarse de lo que había ocurrido. Se entrevistó con la madre superiora a quien le dijo:

—¿Cómo han dejado ustedes salir de aquí a esa joven?

—Nosotras no podíamos retenerla—respondió la hermana—. Un hospital no es una cárcel.

—¿Y se ha ido sola?—preguntó Rudek.

—No—respondió la monja—. Vino por ella un hombre que parecía un gigante y Yula no opuso la menor resistencia en marcharse con él.

—Está bien—terminó diciendo Rudek, pensando en que Yula estaría de nuevo en el cabaret.

Desde el mismo hospital se dirigió al cabaret «El Duck» seguro de encontrar allí a Yula.

EL SACRIFICIO DE YULA

Cuando un amor es verdadero, cuando sinceramente se siente una pasión, no hay sacrificio por grande que sea, que no sea capaz de llevarse a cabo, para conseguir la felicidad del ser amado. Y Yula amaba a Rudek con toda su alma, le amaba con todas las fuerzas de su ser y por lo mismo estaba dispuesta a renunciar a aquel amor que venía a ser un estorbo en la vida de Rudek.

Comprendía, además, que cuanto le dijera a éste para que desistiera de aquel amor sería inútil y que era preciso hacer algo, para que él la creyera indigna y la olvidara, aun cuando ella tuviese que sufrir a solas todo el dolor que le causaría aquel olvido.

Por lo mismo, cuando Biezl vino a buscarla al hospital, no dudó en huir con él y luego aquella noche, cuando vió llegar a Rudek, corrió a su cuarto para cambiarse de ropa. Se vistió como cualquiera de las muchachas que actuaban en el cabaret y salió así a la sala, hablando y riendo con todos los clientes que había. Rudek la miraba extrañado de aquel cambio, mas no por eso se dejaba impresionar.

La orquesta empezó a tocar y Yula, intencionada-

mente se puso a bailar con cierto descaro, hasta que Rudek, sin poderse contener la tomó en sus brazos y la llevó a una mesa apartada diciéndole:

—Yula, ¿por qué hace esto?... Usted no siente nada de lo que está haciendo, usted no es como las otras.

—¿Quién le ha dicho eso?—respondió con fingido cinismo ella—. Yo soy como cualquiera de las mujeres contratadas por mi madre. Soy lo mismo que ella.

—Sin embargo, en el hospital era usted bien diferente.

—Allí todo era diferente—respondió Yula—. ¡Cuán-
to odiaba aquella vida! ¡Parecía que estuviera en la
cárcel! Si casi no puedo creer que esté otra vez entre
los míos. Aquí se vive, se goza, esto es vivir, no aquello...

En aquel momento llegó hasta ellos uno de los músicos y se puso a tocar un sentimental vals. Las notas dulzonas parecían hablar de amor y poco a poco iba adentrándose en los corazones de los enamorados, sintiéndose más unidos, más juntos que nunca. Otra vez la mirada de Yula era la misma de siempre, otra vez sus ojos expresaban toda la bondad de su alma y Rudek, sentía también la influencia de aquella melodía que lo transportaba mentalmente al país imaginario de sus sueños.

La música exaltaba sus pasiones y Yula, sin poderse contener, queriendo expresar por medio de ella todo el amor que sentía en aquel instante le dijo al músico:

—Dame, quiero yo tocar también.

Cogió el instrumento y se puso a tocar una canción

bohemia que era popular entre las tribus errantes. Cada nota parecía un suspiro de amor, un quejido de un corazón enamorado, o una lágrima de una pasión no comprendida.

Tanto Rudek como Yula oían en silencio aquella música que les hablaba al alma y en los ojos de los dos se reflejó lo que sus corazones habían callado.

Cuando terminó de tocar devolvió el instrumento al músico y le dijo:

—Ten, puedes irte ya con tus compañeros.

Se apartó el músico y Yula, mirando vagamente, como si quisiera retener todavía las últimas notas de la canción que había tocado, suspiró con tristeza.

—¿Por qué suspira de ese modo, Yula?

—Por nada—respondió ella sonriendo, dejándose ganar otra vez por su amor—. Ha sido esa canción la que ha hecho despertar en mí el recuerdo de algo que quería olvidar.

—¿Y puedo saber yo qué es lo que tenía tanto interés en olvidar?—preguntó con intención el fiscal.

—Algo que hubiera sido para mí la felicidad de mi vida, pero que imposible.

—Nada hay imposible en el mundo, si se quiere conseguir—exclamó Rudek.

—¿Usted lo cree así?—preguntó Yula.

—Estoy seguro de ello. Para obtener una cosa, no hay más que proponerse conseguirla.

—Sin embargo, yo creo todo lo contrario.

—¿Por qué?

—Porque a veces hay que renunciar a lo que más se ama.

—¿Y usted está dispuesta a renunciar a ello?

—Con toda mi voluntad.

—¿Quiere que le diga, cual era su recuerdo, Yula? —le preguntó sonriendo Rudek.

La joven le miró fijamente y él siguió diciéndole:

—Usted se acordaba de mí. Recordaba las horas que hemos pasado juntos, se acordaba del amor que me tiene y que en vano trata usted de ocultar.

Yula bajó los ojos sin atreverse a responder y Rudek siguió diciéndole:

—¿No es verdad lo que le digo? ¿No he adivinado su pensamiento?

—Sí—respondió con sinceridad Yula—. Es verdad, le amo, a pesar de que debía odiarle. He luchado desesperadamente contra este sentimiento. He querido exaltar mi odio hacia usted, pero ha sido imposible conseguirlo. Cuanto más me lo proponía más fuerte se hacía en mí el amor que usted me inspiraba. Pero comprendo que eso es imposible, que es un sueño irrealizable.

—¿Por qué?—preguntó extrañado Rudek—. ¿Acaso no la amo yo igual? ¿No es usted también la única mujer que yo amo?

—Aunque así sea, usted mismo debe comprender que nuestro amor es imposible. Si yo lo aceptara sería demostrarle que no le amaba. Cuando se ama de verdad se debe estar dispuesta a todos los sacrificios por

grandes que sean y yo estoy dispuesta a renunciar a este amor para evitar su desgracia.

—Mi desgracia sería el que usted no me amase—respondió Rudek.

—No, amigo mío—exclamó ella—. Usted ocupa en la sociedad un puesto bien distinto del mío, usted es un hombre célebre, un hombre a quien todo el mundo admira y respeta. Tiene ante sí un porvenir brillante, un horizonte que se le ofrece espléndido y que yo no quiero enturbiar con mi sombra, mejor dicho con la sombra de mi vida. ¿Cree usted que la gente le perdonaría el que diera usted su nombre a la hija de la famosa condesa Martini? La sociedad le culparía de un pecado del que nunca le absolvería. Yo le amo más que a nada en el mundo y como le amo tanto, no puedo poner ese dique en su camino. Desengáñese no hemos nacido el uno para el otro. Nuestras vidas son diametralmente opuestas y es inútil querer torcer el curso de la existencia. Ame usted a Teresa, ella es mujer digna de su amor, ella sabrá darle lo que yo no podría y le evitará el dolor de verse despreciado por los demás.

Rudek estaba extrañado de oírle expresarse de aquella forma. ¿Cómo era posible que en una joven como Yula cupiesen pensamientos tan nobles? Tan solamente un corazón verdaderamente enamorado como el suyo podía sentir hasta aquel extremo un sacrificio como el que ella se quería imponer. Cuando la joven terminó de hablar Rudek le dijo:

—Todo eso que usted dice está muy bien dicho, pe-

ro hay algo que se sobrepone a todas las consideraciones y ese algo es el amor, Yula. La pasión de un hombre como a una mujer es un torrente al cual no puede interponerse nada. Su furia es de tal ímpetu que todos los diques los arrastra y nada hace detenerla. Déjese de todas esas consideraciones sociales y no piense más que una cosa, en que la amo y en que su amor está la única felicidad de mi vida.

Pero ella seguía negando con la cabeza, mientras que Rudek seguía diciéndole:

—Mi carrera y mi porvenir no dependen de la sociedad dependen de mi talento. Es mi talento poco o mucho el que ha de abrirme paso en la vida. Nunca he creído que sean los demás los que han de encumbrarme y hasta hoy todo cuanto soy y he sido se lo debo únicamente a mis esfuerzos. Pero si me falta su amor, la fe que hay en mí también desaparecería, porque para luchar hay que tener una ilusión y esa ilusión es para mí su cariño.

—No puede ser, no puede ser—volvió a decirle ella—. Es mejor que nos separemos, que me olvide, si es que puede hacerlo y si no que se conforme con la suerte y con el deber que nos impone la vida.

—Yo no puedo renunciar a usted por la sola razón de lo que dirán los demás. A mí no me importa el juicio que pueda merecerle a los otros, sólo me importa el mío y el de usted. ¿Me cree usted digno de merecer su amor?... ¿Me ama usted?

—Sí—exclamó ella—. Ya se lo he dicho. Le amo,

pero por lo mismo me niego a seguir adelante. Toda vía es tiempo de que pueda usted encontrar a la otra mujer que sea su compañera en la vida y dejarme a mí seguir adelante en el camino que la suerte o la desgracia me ha trazado. Ya le he dicho cuanto tenía que decirle y ahora, adiós Rubek. Hasta nunca.

Y antes de que él tuviera tiempo de detenerla desapareció la joven. Pretendió seguirla, pero Biezl, que no había dejado de vigilarlos, se interpuso diciéndole:

—¿Dónde va usted?

—¡Dónde a usted no le importa!—exclamó Rudek.

—Yo soy aquí el que manda y le prohibo que suba usted a las habitaciones particulares.

Rudek comprendió que estaba en su legítimo derecho a impedirle la subida y exclamó:

—Esta bien, no subiré, pero tal vez esto le cueste a usted caro.

—No me importan sus amenazas y si quiere un consejo de amigo, ahí va: Deje tranquila a Yula y no se ocupe más de ella.

En las palabras del alemán había cierto dejo de amenaza del que no se dió cuenta Rudek poseído únicamente por el pensamiento de Yula. Sin querer insistir tomó su sombrero y sorteando las parejas que bailaban y las mesas esparcidas por el salón ganó la puerta y se fué otra vez a su casa, decidido a seguir en su porfía la noche siguiente.

LA CONDESA MARTINI, EN LIBERTAD

Las gestiones del abogado de la condesa, como era de esperar, dieron el resultado apetecido y pocos días después de su encierro, consiguió obtener la libertad bajo fianza.

Serían las ocho de la noche cuando fué puesta en libertad y lo primero que hizo fué dirigirse al cabaret para preparar una fiesta con la que celebraría su regreso. Más de dos horas llevaba en su casa, sin que hubiese visto a su hija, que por su parte tampoco sentía grandes deseos de volver a ver a su madre. Desde que conoció a Rudek, empezó a sentir asco hacia aquella vida que llevaba y culpaba a su madre de haberla criado en aquel ambiente, haciéndola imposible de conseguir la verdadera felicidad. Este pensamiento fué alejándola de su madre cada vez más y cuando le dieron la noticia de la vuelta de la condesa, no sintió la menor alegría por ello, más bien temió que su regreso pudiera ser causa de nuevos escándalos. Este temor y esta repulsión la obligaron a permanecer encerrada en su cuarto sin querer bajar al salón a pesar de los requerimientos de Biezl que le dijo:

—¿No bajas tú a la fiesta, pequeña?

—No tengo ganas de fiesta—le respondió ella.

—Claro—exclamó el alemán—. Ese maldito fiscal te trae sorbido el seso.

—A ti no te importa nada de eso—exclamó Yula—. ¿Qué derecho tienes tú a inmiscuirte en lo que no te importa?

—Eso es lo que crees tú—respondió el gigante—que a mí no me importa nada de lo que te ocurra. Pero ya sabes que te quiero y que no puedo consentir que sufras por un hombre a quien debes odiar.

Yula lo miró intencionadamente y exclamó:

—Más debo odiar a otras personas y sin embargo, no lo hago.

El alemán que no podía comprender el verdadero sentir de aquellas palabras se encogió de hombros y le dijo, al tiempo de marcharse:

—Bueno, tú sabrás lo que haces, pero te advierto que te pierdes una fiesta estupenda. Tu madre se siente pródiga esta noche y habrá champañ hasta que nos hartemos. Yula ni siquiera se tomó el trabajo de responderle y siguió en su cuarto, mientras que abajo se hacían los preparativos para la fiesta.

La condesa, informada por sus amigos se había enterado de las visitas que el fiscal había hecho a Yula y pensó aprovecharse de aquella coincidencia para vengarse de Rudek, el único hombre que no había podido comprar con su dinero.

Quando acabó Biezl de decirle todo lo que el fiscal

había hecho por Yula, la condesa sonrió maliciosamente y exclamó:

—Es como todos. Cada hombre tiene un precio, lo difícil es saber cuál es.

—¿Y cree usted que Yula aceptará?—preguntó Biezl.

—Yula le odiará seguramente y hará cuanto yo le diga—respondió la condesa.

El alemán se echó a reír y le dijo:

—Está usted equivocada, condesa. Yula ama a ese hombre. Yo la he visto llorar por él.

—¡Imposible!—exclamó indignada la condesa—. Mi hija no puede amar al hombre que me condenó a dos años de presidio.

—Pregúnteselo usted mismo y verá como Yula no se lo niega—siguió diciéndole el alemán.

—¿Y por qué has dejado que hablasen?—le preguntó la condesa.

—Yo no podía hacer nada. Ese hombre siempre que ha venido aquí lo ha hecho con la policía y nos exponíamos a mucho, si le sucedía algo.

—Está bien—terminó diciendo la condesa—. Ya pondré yo todo esto en el lugar que debe estar. Por lo pronto nada digas a mi hija de lo que has hablado conmigo.

El alemán se retiró para seguir dando órdenes con el fin de que estuviera preparada la mesa en la que se debía servir la cena para la condesa y sus invitados y una hora después el cabaret empezó a tomar la agitación de costumbre.

El abogado de la condesa que había sido invitado

para tomar parte en la cena, llegó poco después y la condesa le indicó el sitio que debía ocupar.

—Solamente cenaremos los tres—le dijo la Martini.

—Comprendo—respondió el abogado—. Usted Yula y yo.

—No amigo—espondió la condesa—. Mi hija me ha salido aristócrata, como su padre.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó extrañado el abogado.

—Que se ha enamorado, nada menos que de Rudek.

—¿Del fiscal?

—Del mismo... ¿Qué le parece?

—Pues, sencillamente, que la compadezco—respondió el abogado.

—¿Por qué?

—Porque Rudek nunca la amará.

—Está también equivocado. Lo más original del caso es que ese fiscal ama a mi hija e incluso creo que quiere hacerla su esposa.

El abogado se echó a reír y al fin respondió:

—Condesa, creo que este asunto se pone peor de lo que pudiéramos esperar. Ese fiscal es hombre algo temible, por su rectitud. Procure alejarlo cuanto pueda de su establecimiento, si no quiere que tengamos algún disgusto serio. Yo en todo esto veo algo oculto.

—¿Qué es lo que piensa usted?—preguntó la condesa.

—Sencillamente creo que ese hombre viene aquí a vigilar más que a otra cosa. Como de algún modo ten-

dría que justificar su presencia en el cabaret la justifica fingiendo que está enamorado de Yula.

Ante el razonamiento del abogado la condesa quedó un momento en suspenso y al fin exclamó:

—Creo que se equivoca. Yula es lo suficientemente bonita para llamar la atención de cualquier hombre.

—De cualquier hombre que no sea Rudek—terminó diciendo el abogado.

En aquel instante llegó Biezl y el abogado le tendió la mano amigablemente, conocedor de la influencia que tenía sobre el ama y le dijo:

—¿Que hay Biezl?

—Ya lo ve usted, señor Ronsebach, aquí luchando con toda esta gentuza que viene al cabaret.

—Pues gracias a ella se gana el dinero—respondió el abogado.

—Pero cuesta el ganarlo. Viene cada sujeto más pesado que el mismo plomo. Hay algunos que se pasan aquí la noche y no se dejan ni para lo que gastan de luz.

—Vaya por el que se lo deja con creces—exclamó el abogado.

Empezaron a servir la cena y Biezl siguiendo su costumbre bebía más que comía. Parecía materialmente una esponja tragando champañ y ya el alcohol empezaba a subirle a la cabeza cuando entró en el cabaret Rudek. Su presencia llamó la natural atención de los que estaban celebrando la salida de la condesa y Biezl exclamó:

—Ya tenemos aquí otra vez a ese Don Juan.

—Déjalo acercarse y no le digas nada—le ordenó la dueña.

Rudek llegó hasta la mesa donde estaban sentados y la condesa llamó su atención diciéndole.

—Señor fiscal, ¿viene usted a felicitarme por haber salido de la cárcel?

—No señora—respondió éste—. Sabía que usted estaba en libertad provisional, pero no era mi intención el verla.

—Pues ya que la casualidad lo ha hecho venir... ¿Quiere usted aceptar un puesto en mi mesa?

—Le agradezco la atención, pero tengo algo más urgente que hacer.

Mientras hablaba miraba a todas partes esperando descubrir en algún sitio a Yula, y la condesa que se dio cuenta de ello, le dijo intencionadamente al abogado.

—Tarda Yula en bajar. Esta muchacha siempre ha de ser lo mismo.

Y volviéndose al fiscal le dijo:

—Siéntese aunque sólo sea hasta que encuentre una mesa vacía.

Rudek al oír que Yula bajaría, pensó que estaría indudablemente con su madre y esto fué lo que le hizo aceptar últimamente el puesto que le ofrecía la condesa, quien volvió a decirle:

—Parece mentira que estemos aquí como dos buenos amigos, después de todo lo que me dijo el día de la causa y de todo lo que hizo usted en contra mía.

—Yo nada hice, señora—respondió Rudek—. Solamente cumplí con mi deber, como lo cumpliré siempre que sea necesario.

—Sin embargo tengo que agradecerle el interés que se ha tomado por mi hija durante mi ausencia. Ya se que ha sido usted para ella un buen amigo.

—También cumplía con mi deber—respondió Rudek—. Su hija no se parece en nada a usted y no merecía ser castigada por un delito que no había cometido.

La embriaguez de Biezl excitaba cada vez más sus celos y sin poderse contener, antes de meter la pata, como él decía, se levantó de la mesa y se fué a la cocina. Uno de los camareros, el cual servía a las órdenes de la condesa desde hacía más de veinte años, sintiendo hacia el fiscal el mismo odio que la dueña, pensó en utilizar a Biezl como medio de venganza y le dijo:

—Me es antipático ese hombre, y más antipático todavía, desde que se que viene para llevarse a Yula.

El alemán se le quedó mirando y exclamó:

—¿Crees tú que podrá llevársela?

—Es hombre que tiene mucha influencia y si se lo propone lo conseguirá. Solamente hay un medio para alejarlo de aquí esta noche.

—¿Cuál?—preguntó el alemán.

—Hacerle beber.

—No bebe nunca—respondió el alemán.

—Pues es preciso que beba una copa de champañ.

Con sólo una que beba será suficiente para que nos libremos hoy de él.

—¿Y cómo?

—Pues echándole en su copa el narcótico de la condesa. Le durara el sueño hasta mañana por la mañana. Pero esta noche la gente lo encontrará dormido en la calle y su prestigio rodará por los suelos.

—Llevas razón—exclamó el alemán—. Dame el narcótico y la copa que yo le obligaré a beber.

El camarero preparó el brebaje y Biezl con dos copas en la mano y una botella de champañ se acercó a la mesa diciéndole a Rudek.

—¿No quiere usted beber una copa por haber salido la condesa?

—Gracias—respondió Rudek—. No suelo beber nunca.

—Pero una copa no puede hacerle daño.

—Ya le he dicho que no bebo—respondió secamente el fiscal.

No obstante Biezl la llenó y se la ofreció diciéndole:

—A la salud de Yula... ¡Por Yula!

Ante aquella invitación cambió la actitud de Rudek que aceptó la copa que le ofrecía el alemán, la levantó en alto y exclamó, antes de beber:

—¡A la salud de Yula!

No habían pasado dos minutos, sin que los efectos del narcótico empezaran a hacer sus efectos. Rudek empezó a sentir una gran pesadez en la cabeza, hasta que de pronto la dejó caer sobre la mesa,

La misma condesa quedó extrañada de lo que ocurría e interrogó con la vista a Biezl que le dijo:

—Es el narcótico que empieza a obrar.

—¿Qué narcótico?—preguntó alarmado el abogado.

—El que usa la condesa—le respondió el alemán—. No hace daño, sólo sirve para dormir unas cuantas horas.

—Habéis hecho mal—exclamó el abogado, levantándose—. Esto puede traeros un gran disgusto. Yo, por lo que pueda suceder, me marchó, no quiero líos de esta clase.

Salió del cabaret, mientras que la condesa le decía a Biezl.

—Hay que sacar de aquí a este hombre.

—¿Y qué hacemos con él?—preguntó el alemán riendo a más no poder.

—Dejarlo en la calle. Haz ver a todos que se ha emborrachado y ocúpate de dejarlo en un sitio donde no se sospeche que ha salido de aquí.

Para Biezl echarse al hombre a Rudek y sacarlo a la calle era cosa sencillísima. A pesar de su embriaguez, las fuerzas no le faltaban y por lo mismo cogió a Rudek y entre los gritos de los demás que creían que se trataba de un borracho salió a la calle.

EL AUXILIO DE YULA

Pero mientras que Biezl se llevaba a Rudek, una de las muchachas del cabaret que se había dado cuenta del amor que Yula sentía por el fiscal, se escabulló, sin que nadie la viera y fué a las habitaciones de la muchacha, que al verla entrar le preguntó alarmada:

—¿Qué pasa?

—¿Sabes quién estaba abajo?—le preguntó a su vez la otra?

—No puedo figurármelo—respondió Yula.

—Pues Rudek—le dijo la camarera.

—¿Rudek?... ¿Y por qué se ha ido?

—Se lo han llevado que no es lo mismo—volvió a decirle la muchacha—. A mí me parece que le han hecho beber alguna bebida extraña, porque en cuanto llegó quedó borracho. Biezl es el que se ha encargado de sacarlo.

Yula no quiso oír más. Comprendió que su madre

habría ideado algo contra aquel hombre y corrió en busca de Biezl.

Este acababa de entrar nuevamente al cabaret y Yula le preguntó:

—¿Qué has hecho de Rudek?

Por toda contestación el alemán soltó una enorme carcajada y Yula volvió a decirle:

—¿Qué has hecho de él?... ¡Habla!

—Lo he dejado montado en el caballo de la estatua de la plaza—respondió el alemán sin poder contener la risa y tomando una botella de champañ, para seguir bebiendo.

Yula, corrió hacia la puerta, pero antes pasó por donde estaba su madre, que le dijo:

—¿Dónde vas?

—Voy en busca de Rudek—respondió la joven.

—¿Y es así como te alegras de que yo haya vuelto? —le preguntó su madre—. Te interesa más ese hombre que yo.

—No quiero que esté expuesto a las burlas de los demás—respondió Yula, marchando.

—Descastada—exclamó su madre.

En la puerta la joven detuvo un taxi y le ordenó que la condujera a la plaza.

Tal como le había dicho el alemán, sobre un caballo de bronce que había en el centro de la plaza, Rubek aparecía dormido, mientras que un corro de curiosos comentaban



En los ojos de los dos se reflejó lo que sus corazones habían callado.



— Yo no puedo poner ese dique en su camino.



- ¡Deje a esa mujer!



En la ruda pelea...



Lo que fué poderosa máquina humana es un cadáver.



- ¡Quiero decir la verdad!



- Yula ha huído.



Sumisa y amante devolvía sus caricias.

EL ÁNGEL DE LA NOCHE

73

Yula indignada por la pasividad de todos aquellos hombres, exclamó:

—¿No hay entre todos ustedes uno que sea capaz de bajar ese hombre de ahí?

Varios se ofrecieron y tras no pocos esfuerzos consiguieron bajar al fiscal, de quien se hizo cargo Yula, metiéndolo en el taxi y ordenando al chófer que la llevara nuevamente a su casa.

En vez de entrar por la parte principal del cabaret, Yula, entró por la puerta secreta y luchando con sus débiles fuerzas, consiguió dejar a Rudek sobre la cama, esperando a que recobrarse el conocimiento. Cerró la puerta con la llave para que nadie los molestase y se encerró allí para asistirlo.

El cabaret a aquella hora de la noche estaba en todo su apogeo y nadie se dió cuenta de la entrada de Yula y de Rudek.

Biezl, riendo por lo que acaba de hacer, iba de una mesa a otra contándose a todo el mundo y sin dejar de beber, mientras que la condesa, sin preocuparse de su hija seguía vigilando la marcha de su negocio.

Pasaron las horas y el bullicio de la gente nocturna se fué amainando hasta cesar con las primeras luces del nuevo día. Yula todavía no se había acostado, esperando que Rudek volviera en sí. Cuando vió que ya era de día claro, fué a la ventana y la abrió para respirar el aire fresco de la mañana. Poco después, Rudek empezó a dar señales de vida, y al despertar por completo, quedó extrañado de verse en aquella estancia.

Levantó los ojos, y al ver junto a él a Yula, le preguntó:

—¿Qué ha pasado?

Ella sonrió, sin querer decir lo que su madre había hecho, y le respondió:

—Anoche debió usted beber más de lo corriente y se mareó.

—¿Y cómo he venido hasta aquí?—preguntó, nuevamente, el fiscal.

—Lo he traído yo—respondió Yula—. Creí que siempre estaría aquí mejor que no dando tumbos por esas calles de Dios.

—¡Qué buena es usted!—exclamó Rudek—. Pero me extraña el que yo haya podido beber tanto como para marearme.

Guardó silencio unos instantes, hasta que al fin exclamó:

—No, no fué la bebida. Me acuerdo perfectamente que sólo bebí una copa de champañ. En aquella copa debieron echar algo que me ha producido este estado de inconsciencia.

Yula bajó la cabeza, avergonzada, y al fin respondió:

—Perdónela usted, se lo suplico, Rudek. Mi madre se deja influenciar por la gente que tiene alrededor de ella.

—Por eso quiero sacarla a usted de aquí—le dijo Rudek—. Yula, es preciso que se decida usted de una vez. La vida aquí no es buena para usted.

—Ya le he dicho que es imposible —respondióle Yula—. Más vale que vuelva usted a su casa y que consiga olvidarme.

—¿Y cree usted que podría hacerlo?—preguntó dolorosamente Rudek—. Para mí no existe más mujer que usted, y sin usted no podría vivir.

—Pues es necesario que haga un esfuerzo—insistió Yula—. Yo nunca podré ser su mujer, porque le amo demasiado y no quiero destrozar su porvenir.

Cariñosamente, le ayudó a levantarse y lo llevó hasta la puerta. En la escalera, se detuvo Rudek y volvió a decirle:

—Es imposible lo que me propone, Yula. Yo necesito verla a usted todos los días. Necesito estar a su lado.

Yula, temiendo que pudiera despertarse alguien, quiso poner fin a aquella entrevista, y le dijo:

—Está bien. Vuelva usted esta noche y hablaremos. Ahora márchese.

—¿Y será usted más comprensiva cuando vuelva?—preguntó Rudek, acercándose a ella—. ¿Sabrá usted corresponder a mi amor?

Los dos enamorados, insensiblemente, fueron acercándose y, sin que ellos mismos se dieran cuenta, se encontraron abrazados. Sus bocas se buscaron con afán y un beso arrancado de lo más profundo de su ser unió sus labios.

Fué Yula la que tuvo que apartarse, diciéndole:

—¡Por Dios, Rudek, déjeme usted! ¿No compren-

de lo que me hace sufrir? ¿No ve que si sigue yo ya no podría resistir más?

—Está bien, ya me marchó—terminó diciendo Rudek.

Volvieron a besarse, y Rudek salió a la calle.

Yula, al quedar sola, volvió nuevamente a su cuarto, sin darse cuenta de que toda la escena anterior había sido presenciada por Biezl, que en su borrachera sentía unos deseos incontenibles de apoderarse de la joven. Al verla en brazos de otro hombre, los celos le hicieron perder por completo el poco conocimiento que le había dejado la borrachera, y en cuanto quedó sola la muchacha, subió a su cuarto.

Esta, al verlo entrar, le preguntó extrañada:

—¿Qué quieres?

Por toda contestación, el alemán le dió un empujón y la hizo entrar dentro del cuarto. Entró él y, después, sin preocuparse de cerrar la puerta, la dijo:

—Quiero que me beses como has besado a ese hombre.

—¿Estás borracho, Biezl?—le preguntó ella.

—Lo que estoy es loco por ti—exclamó el gigante—. Te quiero mía, y no consentiré que ningún otro hombre te lleve.

—¡Sal de aquí ahora mismo!—gritó la joven.

Pero el gigante, al verla en aquella actitud, no pudo contener sus nervios, y nuevamente, de un empujón, tiró a la joven contra el suelo.

Al caer Yula, dió un grito y quedó sin sentido. El

alemán la tomó en sus brazos, y en aquel instante, Rudek, que había oído el grito de Yula y había vuelto, le gritó:

—¡Deje usted a esa mujer!

Biezl, sin preocuparse de la presencia del fiscal, abandonó a Yula sobre la misma cama en que Rudek había dormido y tomó un jarro de agua, que vació sobre la cara de Yula.

Aquella acción indignó aún más a Rudek, que, sin saberse contener, se lanzó sobre el gigante, intentando pegarle.

Biezl, al verse acometido, se lanzó sobre su agresor y entre ambos se entabló una lucha imponente. Cayeron los dos al suelo, y tan pronto estaba el uno encima como debajo, pero, siempre, en situación inferior Rudek.

Yula, por efecto del agua que el alemán había arrojado sobre ella, recobró en seguida el conocimiento, y quedó espantada presenciando la lucha de los dos hombres.

En la ruda pelea que se había entablado, uno y otro rodaron por la escalera, hasta quedar cerca de la mitad. Yula comprendía que el fiscal terminaría al fin vencido por el alemán, y a su vez intentó prestarle ayuda, con el fin de ponerlo en libertad. Mas Biezl se apoderó de Rudek y amenazaba estrangularlo de un momento a otro. La casualidad o la fatalidad vino en ayuda de Rudek; sus manos tropezaron con un cuchillo, y el mismo instinto de conservación guió su mano, has-

ta dejar clavada en el pecho del gigante el arma homicida.

Biezl se levantó, soltando su presa; dió varios pasos y cayó pesadamente contra la barandilla de la escalera. Su cuerpo enorme arrastró en la caída la barandilla, y fué a parar abajo, al salón, sin vida.

Yula corrió a él, para cerciorarse de lo que tenía, y no tardó en darse cuenta de que aquella poderosa máquina humana era ya un cadáver solamente.

Rudek, a su vez, miraba aterrado lo que acababa de hacer. Ni él mismo se daba cuenta de lo que pasaba, hasta que Yula le volvió a la realidad, diciéndole:

—Huya usted, antes que nadie se dé cuenta.

Ya iba Rudek a poner en práctica el consejo de la joven, cuando acudieron los que dormían en la casa, y poco después, avisada la policía, Rudek era conducido como asesino de Biezl, sin que pudiera tener a su favor la menor prueba con que disculparse.

LA PRISION

La detención del fiscal Rudek Berkem produjo en la capital una sensación indescriptible. La popularidad de que gozaba hizo que fuese aún mayor el interés que el público tomase en el asunto, y mucho más, al conocerse la causa que había motivado la detención.

La pobre señora Berkem podía decirse que había envejecido en pocos días. Toda su vida, dedicada al cuidado de aquel hijo, y, cuando ya había visto sus esperanzas satisfechas, aquel hecho venía a tirar por tierra todas sus ilusiones.

Teresa sentía también íntimamente la desgracia ocurrida a su novio, mas no celos por saber que Yula había sido la causa. Su cariño por Rudek era tan diferente del que hace nacer una pasión, que la pena que la afligía en aquellos momentos era más bien por la suerte del compañero a quien quería fraternalmente.

El pobre sacerdote era el que se veía obligado a consolar a las dos mujeres, prodigándose para atenderlas y por que naciera en ellas la esperanza de una pronta liberación de Rudek.

Este, en su encierro, esperaba con tranquilidad

resolución de su caso, aunque, a medida que se acercaba el día de la vista era mayor su desazón. Hasta entonces, todos los testigos, que eran precisamente las personas que estaban al servicio de la condesa, en sus declaraciones, habíanle acusado de tal forma, que Rudek comprendía lo difícil que le sería defenderse.

Yula sufría también horriblemente. Su deseo hubiera sido el de declarar toda la verdad, pero la detenía el temor de que su declaración pudiera comprometer a Rudek ante su novia. ¿Cómo explicar que había pasado toda la noche en su compañía? ¿Cómo delatar tampoco a su madre, diciendo que ésta había suministrado un narcótico a Rudek? Cualquiera de sus declaraciones eran comprometidas, y ante aquella disyuntiva, la muchacha sufría horriblemente viendo que se acumulaban pruebas en contra del fiscal. Fué inútil que pretendiera convencer a su madre, diciéndole:

—Mamá, lo que haces con ese hombre no es justo. Tú sabes que él mató en defensa propia, y no está bien que hagas que declaren en contra suya todos los que trabajan aquí.

—¿No fué él quien pretendió tenerme a mí dos años en la cárcel?—le respondió su madre—. Pues, después de todo, yo no hago más que vengarme. ¿No dice él que la justicia debe ser antes que nada? Pues si ha matado a Biezl, justo es que pague su muerte.

—Pero él mató para que no le matasen—protestó Yula.

—Eso hay que probarlo, y a él le será muy difícil.

La única persona que estaba presente eras tú, y no creo que vayas a declarar en contra de tu madre.

—Yo no haré eso—respondió Yula—. Pero tampoco consentiré de que le pase nada malo.

—Cualquiera que te oyera—le dijo su madre, intencionadamente—, diría que estás enamorada de ese hombre.

Yula no pretendió negar su sentimiento, y exclamó, valientemente:

—Y es la verdad. ¡Le amo!... ¡Le amo con toda mi alma! Rudek es digno de que se le ame, y por lo mismo te digo que no permitiré que sigas haciéndole objeto de tu venganza.

—Haz lo que mejor te parezca—respondió, despectivamente, su madre—. Ya sabía yo que siempre saldrías a tu padre.

—Llevas razón—exclamó la hija—. Estoy segura de que mi padre habría procedido de diferente modo al que tu procedes.

—Tu padre era un tonto y un orgulloso. Su manía de grandeza y su orgullo fué lo que hizo que nunca tuviéramos un céntimo. Si me hubiera hecho caso a mí, otra cosa habría sido nuestra vida.

A medida que hablaban, Yula se convencía más de que era inútil llamar en el corazón de su madre. Ni su dolor, ni el de Rudek, eran suficiente para hacer vibrar la sensibilidad de aquella mujer, que se le mostraba descaradamente en toda su maldad.

Hacia ya varios días que Rudek estaba detenido, y

durante todo este tiempo Yula no haba vuelto a verle. Después de la conversación que tuvo con su madre, la joven sintió deseos de volver a estar con él, de consolarlo, de decirle que le amaba más que nunca, y, para ello, fué a la cárcel.

Cuando llegó, vió que estaba Rudek con su madre y con Teresa, y no se atrevió a entrar. Por las lágrimas de la señora Berkem, dedujo Yula el sufrimiento de aquella pobre mujer, que, entre sollozos, le decía a su hijo:

—Pero, Rudek, ¿cómo has podido tú hacer eso?

—No lo sé, madre mía—le respondió él—. Ha sido algo fatal, algo inevitable. Tenía que defenderme, y lo hice inconscientemente. Pero no pierdas la confianza, el Tribunal me absolverá y otra vez seremos felices.

—¿Sabes cuándo es la vista de la causa?—le preguntó su madre.

—Mi abogado no me ha dicho nada todavía. Pero te ruego que tú no vengas. Sería demasiado doloroso para mí.

—Sí que vendré—respondió su madre—. No estaría tranquila en casa hasta saber el resultado. Siempre sería mayor mi dolor.

—Pero puede venir Teresa, y ella, telefonearte inmediatamente.

—Yo también vendré—intervino Teresa—. Ya sabes que siempre pensaré en ti, Rudek. Mi cariño es más fuerte que tu desgracia, y nunca dejaré de quererte.

—Gracias, Teresa—respondió Rudek, estrechando

la mano de su novia—. Perdóname el mal que involuntariamente te he hecho,

Ella le miró extrañada y respondió:

—No, Rudek, tú no me has hecho ningún daño. Nuestros amores eran un error. Nosotros nos queremos de diferente modo, nuestro cariño es más fuerte, pero no interviene para nada la pasión.

Mientras hablaban, Yula se paseaba de un lado a otro frente a la celda, hasta que al fin vió salir a las dos mujeres. Se ocultó para no ser descubierta por la madre de Berkem, que pasó delante, y poco después apareció Teresa. Yula, que había avanzado unos pasos, no pudo evitar encontrarse frente a ella, y Teresa le dijo:

—¿Viene usted a ver a Rudek?

Yula bajó la cabeza, sin fuerzas para contestar, y Teresa siguió diciéndole:

—¿Acaso es usted un nuevo testigo contra él?

Yula no pudo sostener aquella acusación, y levantando enérgicamente la vista hacia la que creía novia del hombre que ella amaba, respondió:

—Se equivoca, señorita. Comprendo que tienen razón para pensar de mí todo lo malo que quieran, pero les juro que vengo solamente por ver a Rudek. Yo daría mi vida por salvarlo, haría el sacrificio que fuese, con tal de verlo en libertad.

—Entonces, ¿por qué no declara la verdad?—preguntó Teresa—. Usted debe saber lo que pasó.

—No, señorita—respondió, mintiendo, Yula, creyendo que con eso evitara los celos de la joven—. Yo no vi nada, yo no estaba allí.

Teresa no podía creerla, sabía fijamente que aquella joven podía salvar a Rudek, y al ver que se negaba la miró despectivamente y se alejó, murmurando de forma que Yula la oyó:

—No es de extrañar que de tal madre salga tal hija.

Yula recibió la ofensa sin protestar. Comprendía que tenían razón para pensar eso de ella y mucho más todavía. ¿Acaso no estaba en su mano salvar a Rudek y no lo hacía? ¿Acaso una palabra suya no haría cambiar el curso de los acontecimientos? Poco le importaba a ella su reputación, y su único temor era el que creía que con su declaración comprometía a su madre. A pesar de la vida que llevaba la condesa, Yula no dejaba de reconocer que era su madre, sentía algún cariño por ella, y por esto estaba dispuesta a esperar hasta el fin antes de comprometerla.

Nuevamente pasó por delante de la celda de Rudek, esperando a que éste la viese y la llamase. Mas Rudek, con la cabeza entre las manos, procuraba ocultar las lágrimas que le había producido aquella entrevista con su madre.

Por fin, se decidió a acercarse para llamarlo, mas en aquel momento, un carcelero se acercó y le dijo:

—Ya ha terminado la hora de visita.

—Entonces, ¿no podré hablar con un detenido?

—Haber venido antes—le respondió el carcelero—. Tiene usted que salir.

Yula no opuso la menor resistencia, y salió de la cárcel, sintiendo más que nunca el dolor que le producía la situación de Rudek.

LA CONDENA

Dos días después, el público se arremolinaba a la puerta de la Audiencia. Iba a celebrarse la vista de la causa contra Rudek Berkem, y la curiosidad que había despertado aquel proceso se manifestaba con la afluencia de público que quería presenciar la vista.

Poco antes de empezar ésta, descendieron de un coche la señora Berkem y Teresa. Las dos mujeres venían vestidas de negro, y el dolor que expresaba en el rostro la madre de Rudek, produjo entre los que esperaban una sensación de profunda conmiseración. La palabra «madre» circuló entre todos, y todos se hicieron respetuosamente a un lado para dejarle el paso franco a la señora Berkem y a su compañera.

Poco después, se abrieron las puertas para la audiencia pública, y los curiosos se precipitaron al interior de la sala, con el afán de conseguir cada uno un puesto desde donde presenciarlo todo.

El sentimiento morboso que existe entre los humanos, nunca se deja ver tan claramente como en estos actos, donde acude el público llevado por ese interés de ver la desgracia ajena.

Cuando cada uno de los magistrados y el Jurado ocuparon su sitio, entró Rudek, acompañado de una pareja de policías. La presencia del acusado produjo en la sala una sensación de curiosidad y todas las miradas se fijaron en él. Rudek estaba tranquilo aparentemente, aunque su rostro, pálido como el de un cadáver, demostraba en silencio la lucha que sostenía interiormente. Miró hacia el público y vió en uno de los primeros bancos a su madre. Al verla, la emoción que sintió hizo que de sus ojos se desprendiesen unas lágrimas de dolor, ante la pena que estaba sufriendo aquella santa mujer. Luego vió a Teresa, y le pareció que los ojos de ella le acariciaban fraternalmente. Rudek, perito en materia de justicia, sabía de sobra que todas las pruebas que existían estaban en su contra; tenía la casi seguridad de que le condenarían, y por eso miraba a uno y a otros de los que formaban el Tribunal, como si de ellos esperase la clemencia que tanto necesitaba.

Por fin, el presidente de la sala se levantó solemnemente y exclamó:

—Va a empezar la vista de la causa instruida por asesinato contra la persona de Rudek Berkem. ¿Hay algún testigo de los que han declarado que quiera hacer alguna nueva declaración?

Un silencio profundo siguió a estas palabras. El presidente aguardó algunos segundos, y viendo que nadie hacía intención de adelantarse al Tribunal, preguntó al reo:

—Rudek Berkem, ¿se ratifica usted en todo lo declarado hasta ahora?

—Sí—murmuró débilmente el antiguo fiscal.

—¿No puede usted aducir ninguna otra prueba que las ya presentadas para demostrar su inocencia?

Rudek movió la cabeza negativamente, y el presidente terminó diciendo:

—En ese caso, el señor fiscal tiene la palabra.

—Un momento—gritó el abogado defensor de Rudek.

El fiscal, que ya se preparaba a hablar, esperó a que el abogado hablase, quien, dirigiéndose a los que formaban el Jurado, les dijo:

—Señores del Jurado: Vais a juzgar a un hombre honrado, vais a hacer justicia a un hombre que durante mucho tiempo ha profesado la justicia como un artículo de fe. Yo os pido, en nombre de esa justicia que representáis, que tengáis en cuenta las circunstancias que han debido motivar la muerte de Biezl, que penséis que algo inexplicable ha debido ocurrir para que este hombre procediera de ese modo y que, en su consecuencia, seáis benévolos con el acusado. Pensad que cerca de vosotros hay una mujer que llora en silencio, una mujer que es una santa y que puso toda su vida para criar al ser que vosotros vais a juzgar. Pensad en el dolor que en este instante conmueve su corazón y, con el pensamiento puesto en el dolor de una madre, juzguéis con plena convicción de vuestras conciencias y dentro de la mayor justicia. He dicho.

El fiscal miró al presidente como pidiéndole la venia para hablar, y cuando éste le hizo una seña con la cabeza, como indicándole que podía hacerlo, se levantó y de un voluminoso legajo de papeles que tenía sobre la mesa, leyó parte de su acusación, que decía:

—En nombre de la justicia, y como representante del Ministerio público, acuso a Rudek Berkem de haber dado muerte a Biezl, conocido por «El Alemán». De las declaraciones de los testigos y de las pruebas practicadas, se deduce claramente que el acusado obró a impulsos de la venganza. Rudek Berkem, enamorado de una tal Yula, visitaba con frecuencia el cabaret «El Duck», para lograr que dicha joven correspondiera a su pasión. Pero la dicha Yula tenía relaciones amorosas con la víctima, y en vista de que no podía satisfacer los deseos que lo impulsaban a ir al cabaret «El Duck», Rudek Berkem, premeditadamente y esperando la noche de autos el momento en que no había nadie, asesinó traidoramente a Biezl, sin darle tiempo siquiera a defenderse. Como ha dicho el señor abogado defensor, es muy sensible el dolor de una madre, que sufre por lo que pueda ocurrirle a su hijo, pero la justicia ha de ser insensible al dolor humano, y basándose tan solamente en la Ley, ha de condenar al acusado. Es cierto que la víctima no tenía buenos antecedentes, pero esto no ha de influir en el ánimo de los señores que forman el Jurado, para cumplir fielmente lo que dispone la Ley, ya que nadie puede tomarse la justicia por su mano, y menos en la forma traidora en que lo

ha hecho el acusado. Por lo mismo, yo propongo al Tribunal que sujetándose a los artículos que marca el Código, condene al acusado a la pena de muerte, a que se ha hecho acreedor...»

Un murmullo de reprobación se oyó en toda la sala. El público, que conocía la vida del muerto, protestaba de aquella forma de la pena excesiva que se pedía para el acusado. Bien era verdad que había matado, pero la víctima tampoco merecía una expiación como la que solicitaba el fiscal.

LA DEFENSA DE YULA

Un ruido tumultuoso se oyó en la puerta de la sala, mientras que Yula, que se había presentado, luchaba con dos policías y gritaba:

—¡Déjenme pasar! ¡Les digo que quiero decir toda la verdad!... ¡Nadie más que yo sabe lo que ha pasado!

Pero los policías se negaban a dejarla entrar, hasta que el abogado defensor se dirigió al presidente del Tribunal y le dijo:

—Suplico a la presidencia que se deje hablar a la testigo, antes de dictar sentencia. Todavía hay tiempo, y puede ser que esta joven nos dé algún indicio para demostrar la inocencia de mi defendido.

—¡Déjenla pasar!—ordenó el presidente.

Yula, descompuesto el semblante por la lucha que debía haber sostenido con ella misma antes de decidirse a dar aquel paso, penetró en la sala y pasó por medio de los que presenciaban la vista, seguida por la curiosa mirada de todos. Se adelantó hacia el Tribunal y, ocupando el lugar que correspondía a los testigos, volvió a decir:

—¡Quiero decir la verdad!... ¡Toda la verdad!

—¿Cómo se llama usted?—preguntó el presidente.

—Yula Martini—respondió la joven.

Un murmullo de expectación se produjo en la sala. Aquella joven era uno de los protagonistas del hecho que se dilucidaba, y su declaración podría contribuir a esclarecer el asunto.

Después de prestar juramento, el presidente le preguntó:

—¿Cómo no se ha presentado usted antes a declarar?

—No lo he hecho por miedo. Temía perjudicar a cierta persona que me es querida, y por lo mismo me abstuve, creyendo que ustedes reconocerían la inocencia de este hombre. Ahora, me veo obligada a hablar, y hablaré.

—¿Es usted la novia de la víctima—preguntó el presidente.

—No, señor—respondió ella—. Nunca he tenido con ese hombre más que el trato obligado, por ser dependiente de mi madre.

—Entonces, ¿cómo todos los que han declarado han dicho que usted sostenía relaciones amorosas con el muerto?

—Eso ha sido una invención de los testigos para perjudicar a Rudek, pero yo les juro que no hay nada de verdad en lo que han declarado. Además, ninguno de ellos presencié lo ocurrido, porque todos estaban durmiendo.

—¿Y puede usted decirnos cómo sucedió?

—Sí, señor—respondió Yula—. Ya saben ustedes que Biezl era un hombre de una fuerza extraordinaria y de unos sentimientos tan malos como grandes eran sus fuerzas. Hacía tiempo que se hallaba al servicio de mi madre, y siempre vi que me trataba con una deferencia verdaderamente extraño al carácter de un hombre como él. Yo atribuía todo esto al afecto que hubiera podido inspirarle por haberme conocido de pequeña, pero, desgraciadamente, no era así. Aunque tarde, comprendí que el sentimiento que anidaba en su pecho era un sentimiento bastardo, puesto que quería aprovecharse de su potencia para abusar de mí. Yo conocí a Rudek Berkem con motivo de la sentencia de mi madre, y a pesar de que hubiera debido odiarle, fueron tantas las muestras de interés que dió por mí, que llegué a amarle con toda mi alma. Pero comprendía que mi vida y el ambiente en que había vivido hasta entonces eran un entorpecimiento para que mi pasión pudiera ser correspondida. Sin embargo, él me dijo que me amaba y que quería hacer de mí su esposa. Yo me opuse tenazmente, porque no quería ser un obstáculo en su vida, no quería que, por unirse a mí, destruyera su porvenir. Le amaba tanto, que estaba dispuesta a cualquier sacrificio con tal de que él siguiera triunfando en la vida. Hice cuanto me fué posible por persuadirle de que nuestro amor era imposible, incluso fingí ante él ser una de tantas mujeres que están en los cabarets, pero no sé si su intuición, o su cariño, le hacían ver la verdad de todo, y por lo mismo no me creía.

Gracias a la influencia del agobado de mi madre, ésta salió en libertad provisional y quiso celebrarlo con una fiesta, a la que me negué a asistir.

Biezl, que estaba enterado de que yo amaba a Rudek, se consumía de celos e instigaba a mi madre en contra mía. Sin embargo, yo no fui a la fiesta y permanecí encerrada en mis habitaciones. Pero, fatalmente, Rudek vino aquella noche para hablar conmigo, y mi madre lo retuvo en la mesa, obligándole a sentarse, pero sin otro pensamiento que el de impedir que me viese.

El público, cada vez prestaba más atención a la narración de la joven, gracias a la cual, iban aclarándose muchos puntos de aquel misterioso asunto. La madre de Rudek miraba amorosamente a la muchacha, pensando que aquella declaración era lo único que podría demostrar la inocencia de su hijo. Ya no se acordaba del tiempo que había callado Yula, y sólo pensaba en el impulso generoso que la había hecho acudir al Tribunal para impedir que se cometiera la injusticia que estaba a punto de cometerse.

Yula, después de unos segundos de pausa, siguió diciendo, cada vez más serena:

—Rudek aceptó el ofrecimiento de mi madre, y se sentó con ellos, sin duda, esperando que yo saliera; pero Biezl, que no podía ver con buenos ojos la presencia de su rival, le obligó a beber, echando en la copa un narcótico que él tenía.

—¿Sabía su madre algo de ese narcótico?—preguntó el fiscal.

—Creo que no—respondió, sin vacilar, la muchacha, dando una prueba de su serenidad—. Mi madre no supo nada, y creyó que la copa sólo contenía champaña. Lo cierto es que Biezl obligó a Rudek a beber, y que cuando lo vió en un estado de inconsciencia, le dijo a mi madre que se había embriagado. Entre todas las muchachas, y llevándolo a cuestas Biezl, sacaron del cabaret a Rudek y lo llevaron a una plaza que está allí cerca, subiéndolo encima del caballo de bronce de la estatua. A mí vino a avisarme una muchacha que sabía o había comprendido que entre Rudek y yo había algo más fuerte que una simple amistad, y yo, temiendo que pudiese servir de burla a los que pasasen por aquel lugar, tomé un taxi y lo llevé nuevamente a mi casa. Entré por la puerta reservada, y nadie advirtió mi regreso. Lo acosté en mi misma cama, y esperé al día siguiente, para que pudiera marcharse a su casa.

—Si estaba narcotizado, ¿cómo pudo dar muerte a Biezl?—preguntó el fiscal.

—Ruego al señor fiscal—exclamó la defensa—que deje hablar a la testigo sin hacerle ninguna pregunta, que no creo pertinente en este momento. Eso sería ejercer cierta coacción, lo cual está prohibido por el Código.

El fiscal se abstuvo de preguntar nada más, y Yula continuó diciendo:

A la mañana siguiente, cuando empezó a amanecer, Rudek volvió nuevamente en sí, y hablamos otra vez de la imposibilidad de nuestros amores y de la conveniencia de separarnos. Conseguí de él que se marchase, y cuando ya se dirigía a la calle, entró en mi cuarto Biezl, quien poseído por la bebida y exaltados sus celos por la presencia de Rudek, me arrojó contra el suelo brutalmente. Al caer, no pude impedir un grito de dolor, y quedé desvanecida. Al volver en mí, vi que Rudek y el alemán luchaban desesperadamente. Las fuerzas de Biezl imposibilitaban a Rudek el hacer ningún movimiento defensivo; el miedo me impidió pedir auxilio, y vi cómo el alemán atenazaba el cuello a Rudek para estrangularlo. El rostro de Rudek se amorataba por la presión que sentía y, al pretender defenderse de Biezl, sus manos tropezaron con un cuchillo que casualmente había caído o estaba allí desde la noche anterior.

Al ver que su vida estaba en peligro, el mismo instinto de conservación le obligó a herir a Biezl, quien cayó por la escalera.

A mis gritos, salieron los demás, y yo les referí lo que había sucedido, tal y como acabo de hacerlo, pero no me cabe duda que el compañerismo de ellos les ha obligado, creyendo de esta forma vengar la muerte de Biezl, a declarar lo contrario.

En la cara del abogado defensor se reflejaba toda la alegría que le producía aquella declaración. Estaba seguro de que, gracias a ella, su defendido saldría en

libertad. Y antes de que pudiera decir nada, el presidente del Tribunal exclamó:

—Los señores del Jurado se van a reunir para acordar la sentencia.

Salió el público, y entre ellos salió también Yula, mas antes de que pudiera marcharse, Teresa la detuvo diciéndole:

—No sé cómo agradecerle todo lo que ha hecho por Rudek. Gracias a usted, saldrá en libertad. Dígame qué debo hacer para recompensar su acción.

Yula se la quedó mirando fijamente y, sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas, le dijo:

—Solamente voy a pedirle una cosa: que le ame usted todo lo que él se merece.

—Pero si él no me ama a mí.

—¿Por qué?—preguntó Yula, extrañada.

—Porque a quien ama es a usted.

—Pero yo no quiero interponerme entre ustedes. Usted se lo merece y debe casarse con él. Yo sé que usted le ama.

—Tampoco, Yula—respondió ella—. Yo nunca sentí amor por Rudek. Nuestras relaciones amorosas fueron hechas por su madre, y nosotros accedimos a ellas, pero sin el menor entusiasmo. Nuestro afecto es más de hermanos que otra cosa.

—Así y todo, yo no puedo permitir que Rudek una su vida a la mía. No me creo merecedora de esa felicidad.

En la sala se había presentado ya el Tribunal y

nuevamente entraba el público. Teresa dejó a Yula y volvió otra vez al sitio que ocupaba al lado de la madre de Rudek, para saber la sentencia del Jurado.

Yula pensó en marcharse, pero el interés por conocer la suerte de Rudek la detuvo e, inconscientemente, volvió a entrar.

Se levantó el presidente para leer la sentencia, y en la sala se produjo el silencio que precede a todos los grandes acontecimientos.

Y en medio de aquella expectación, el presidente leyó:

—Los señores que forman el Jurado, reunidos para juzgar el hecho que nos ocupa, han emitido unánimemente su voto declarando inocente a Rudek Berkem, por haber obrado en legítima defensa, por lo que este Tribunal declara libre de toda responsabilidad al acusado, que desde este instante queda en completa libertad.

Todos los que presenciaban la vista no pudieron impedir que su alegría se demostrara aplaudiendo la resolución del Tribunal, que inmediatamente se retiró de la sala. La señora Berkem corrió a donde estaba su hijo y lo abrazó amorosamente, diciéndole:

—Hijo mío, por fin te veo libre...

—Sí, madre—exclamó él, abrazándola, a su vez—. Tenía la confianza de que reconocerían mi inocencia; por eso no quería que vinieses, para que te evitases el sufrimiento de la causa.

—Pero ahora mi alegría es mayor—exclamó ella.

Berkem dejó que su madre le besara y cuando hubo pasado aquel momento de arrebató maternal, se fué a donde estaba Teresa, estrechó la mano de la joven y le dijo:

—Gracias, Teresa. Sé todo lo que has sufrido por mí, y nunca lo olvidaré.

—También hay otra persona para quien su sufrimiento no ha terminado todavía—respondió Teresa—. Acuérdate de Yula.

—¿Dónde está?—preguntó ansiosamente Rudek, mirando al público que salía.

—Yula ha huído—le dijo Teresa—. No se cree digna de tu amor, y no ha querido quedarse. Ve a buscarla, porque esa joven es merecedora de todo tu cariño.

La madre de Rudek miró a Teresa, sin poder comprender las palabras de la joven, y ésta le explicó:

—Sí, ella es la que verdaderamente le ama. Se aman los dos. Rudek y yo, nunca hubiéramos sido felices casándonos. Nosotros nos queremos de diferente modo.

La señora Rudek calló resignada, comprendiendo el sacrificio de Yula y dispuesta a dar su consentimiento para aquella boda.

Yula, como había dicho Teresa, tan pronto como se enteró de que Rudek había quedado en libertad, intentó salir de la sala, para impedir que él pudiera verla.

Pero la aglomeración de público impidió que pudiera salir todo lo aprisa que ella hubiera querido, y

se vió precisada a ser de las últimas personas que salieron.

Cuando se vió en la calle, echó a correr para alejarse de allí, pero no pudo impedir que Rudek, que venía en su seguimiento, la viese y que corriera tras ella. Por fin logró alcanzarla y le preguntó:

—¿Por qué huyes, Yula?

—Porque no quiero que nos veamos. Demasiado hemos sufrido los dos, para seguir por más tiempo esta situación.

—¿Y qué piensas hacer?—preguntó Rudek.

—Trabajaré, me ganaré la vida. No puedo volver a casa de mi madre, ni quiero. Pero soy joven, y sabré ganarme la vida.

El sonrió cariñosamente y le dijo:

—Eso es una locura, Yula. Tú sabes que yo no puedo vivir sin ti. Tú eres para mí todo en la vida, y es preciso que accedas de una vez a ser mi mujer.

—No, Rudek—exclamó ella—. Piensa en lo que siempre te he dicho. ¿Crees, acaso, que tu madre accedería a ello?

—Mi madre sabe que eres un ángel, y no se opondrá a nuestro matrimonio.

—Ella quiere que sea Teresa tu mujer.

—Pero la misma Teresa se encargará de demostrarte que eso es imposible. Tú has de ser mía, aun cuando sea a la fuerza. Sé que me amas, y por nada del mundo dejaré perder mi felicidad. Piensa bien lo que

te digo, Yula. Hoy es día de alegría para todos, ¿por qué quieres entristecer esta dicha con tu negativa?

Yula se volvió a mirarlo. Había tal expresión en su mirada, tanta súplica en su voz, que Yula se sintió sin fuerzas para poder seguir resistiendo. Bajó la cabeza, como accediendo a lo que él solicitaba, y Rudek la estrechó entre sus brazos. Durante un rato, estuvieron abrazados de aquella forma, hasta que Rudek le preguntó:

—¿Quieres que vayamos a mi casa, para dar a mi madre la noticia?

Yula respondió débilmente:

—Ya no puedo oponerme más. Creí que sería más fuerte, pero veo que el amor me vence. Haré todo lo que tú quieras.

El la besó con pasión, y Yula, sumisa y amante, devolvió sus caricias, sintiendo en todo su corazón la dicha que lo embargaba en aquellos momentos.

Una hora después, en casa de Berkem, Yula hacía su entrada, acompañada de Rudek, quien decía a su madre:

—Mamá, ¿conoces a esta joven?

—¿Cómo no voy a conocerla, si gracias a ella te veo libre?—respondió la madre, corriendo hacia Yula.

—Pues además quiero que sea mi mujer. Ella dice que si tú no te opones, lo será, y yo te pido que accedas a mi felicidad.

—Sí, hija mía—exclamó la señora Berkem—. Com-

prendo que el amor es más fuerte que nada, y por eso no me opongo a que seáis felices.

Teresa, que se hallaba presente, se acercó al grupo que formaban Rudek y Yula y, ofreciendo su mano a la joven, le dijo:

—Yo también quiero felicitarla. Acépteme usted desde hoy como si fuera una hermana suya.

—Y a mí, ¿no me felicitas?—preguntó, sonriendo, Rudek.

—A ti te doy un abrazo—respondió Teresa—, si es que Yula no siente celos.

La joven sonrió como dándole a entender que no.

Y el amor, que obra milagros, consiguió el que, por medios tan extraños, Yula y Rudek alcanzaran la felicidad a que se habían hecho tan acreedores.

FIN

REPORTAJES SENSACIONALES

Relato de sucesos verídicos, los leerá usted en esta amena publicación.

REPORTAJES SENSACIONALES

Lo tendrá a usted al corriente de todos los hechos salientes acaecidos en el mundo entero.

REPORTAJES SENSACIONALES

Tiene corresponsales en todas las naciones y le informarán cada quince días de los sucesos más interesantes.

REPORTAJES SENSACIONALES

Publicó en su primer número el Asesinato de Carlota Leonard en el Barrio Chino de París. Profusión de fotografías.

REPORTAJES SENSACIONALES

Consta de 16 páginas de texto y 4 de ilustraciones. Fotografías tomadas de la realidad.

PEDIDOS A

EDITORIAL

"ALAS"

Precio: 25 céntimos.

Apart. de Correos 707 - Barcelona

Las grandes creaciones de
Imperio Argentina
y
Maurice Chevalier

solamente las encontrará en **BIBLIOTECA FILMS**

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

104 Páginas de texto-UNA peseta

EL TENIENTE SEDUCTOR M. Chevalier
EL DESFILE DEL AMOR .
SU NOCHE DE BODAS I. Argentina
LO MEJOR ES REIR .

Selección **BIBLIOTECA FILMS** 50 Cts.
EL AMOR SOFRIENDO I. Argentina

Selección **FILMS DE AMOR** 50 Cts.
CINOPOLIS I. Argentina

FILMS DE AMOR 25 Cts.
LA CANCION DE PARIS M. Chevalier

EL CLIENTE SEDUCTOR

sketch por Imperio Argentina y Maurice Chevalier
Precio: 30 cts.

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS" - Apartado núm. 707
B A R C E L O N A

EDITORIAL
"ALAS"

UNA peseta
